

RESEÑA HISTÓRICA
DE LA CONQUISTA DEL
REINO DE GRANADA
POR LOS REYES CATÓLICOS

SEGÚN LOS CRONISTAS ÁRABES

Seguida de un Apéndice que contiene el fotograbado de una carta
autógrafa de Boabdil

POR

D. LEOPOLDO DE EGÚLAZ Y ÁNGUAS

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA Y CORRESPONDIENTE DE LAS

REALES ACADEMIAS, ESPAÑOLA, DE LA HISTORIA

Y DE CIENCIAS DE LISBOA.

Segunda edición.

GRANADA:
Tip. Hospital de Santa Ana, 17.
1894.

219-258

28
26038

12756

RESEÑA HISTÓRICA
DE LA CONQUISTA DEL
REINO DE GRANADA
POR LOS REYES CATÓLICOS
SEGÚN LOS CRONISTAS ÁRABES

Seguida de un Apéndice que contiene el fotograbado de una carta
autógrafo de Boabdil

POR
D. LEOPOLDO DE EGUÍLAZ YÁNGUAS

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA Y CORRESPONDIENTE DE LAS
REALES ACADEMIAS, ESPAÑOLA, DE LA HISTORIA
Y DE CIENCIAS DE LISBOA.

554

Segunda edición.

GRANADA:
Tip. Hospital de Santa Ana, 12.
1894.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR
D. BLAS LEONCIO FERNANDEZ
DE PIÑAR

Doctísimo Orientalista, Filólogo y Literato

DEDICA ESTE OPÚSCULO

su antiguo, apasionado y devotísimo amigo

LEOPOLDO DE EGÚLAZ YÁNGUAS.

FE DE ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
3	28	levantando	levantado
17	31	Baeza	Baena



PRÓLOGO.

SABIDO es que entre los autores musulmanes consultados por Conde para escribir su *Historia de la dominación de los Árabes en España*, no se halla ninguno que alcance á las postrimerías del reino granadino. Y, sin embargo, que no faltó entre los vencidos quien se aplicara á narrar aquellos sucesos memorables, lo demuestran la Crónica contenida en la 2.^a parte de las *Analectas* de Almaccarí y la del autor anónimo, intitulada *Libro de los anales del tiempo de la extinción de la dinastía nazarita*, que hemos traducido libremente por *Narraciones*, etc. Quién sea el autor de la primera, suma y compendio de otra más detallada y extensa, se ignora. Lo propio acaece con la segunda, en cuyo introito se lee: «En este libro se refiere solo parte de lo acontecido en tiempo del Emir Abulhásan

Alí ben Názar, ben Sáad, hijo del Sultán Abú Abdallah Mohammed, hijo del Sultán Abulhásan, hijo de los reyes nazaritas y en tiempo de su hijo Mohammed y también de su hermano Mohammed, Dios tenga misericordia de ambos, y cómo se enseñoreó el enemigo en su tiempo de todo el Andalus. Procuraré ser breve, ajustándome á las reglas de un resumen y evitando á la vez cuidadosamente largos y minuciosos detalles. Título este escrito: *Libro de los anales del tiempo de la extinción de la dinastía nazarita.*»

Que una y otra crónica reconocen distintos originales, lo dice su respectivo contesto, por más que guarden casi siempre consonancia en el orden cronológico y coincidan con más ó menos congruencia en la narración de los hechos.

Termina la de Almaccarí con un párrafo alusivo á la expulsión de los moriscos en tiempo de Felipe III (1). La del autor anónimo, con ser más breve, pues remata en el alzamiento del año de 1500, es á nuestros ojos de más subido precio, terminada, como fué, el martes 24 de Chumada 2.^a del año 945 de la Hegira (17 de Noviembre de 1538), y haber sido el ignorado narrador, que en ella suena á la continua, de quien tomó su relato, actor en la guerra cuyos sucesos refiere.

No faltan de ordinario á la verdad ambos cronistas musulmanes, aventajando á los nuestros en la orde-

(1) Fué Almaccarí contemporáneo de este suceso, pues murió el año de 1041 de la Hegira (1631 de J. C. á 1632). V. Cordera, *Misión histórica en la Argelia y Túnez*, p. 176.

nada y metódica exposición de los hechos y brindándonos con datos precisos para corregir sus yerros y suplir sus deficiencias, pues en la generalidad de ellos se echan de menos algunos tan capitales, como el de la rebelión de Muley Hacén contra su padre, el Sultán Sáad ben Alí, que acabó con su destronamiento, según Hernando de Baeza (1); el levantamiento contra él, muerto su padre, de su hermano Abú Abdallah Mohammed con muchos de sus alcaides, de que nos certifican el susodicho cronista (2) y Hernando del Pulgar (3); la verdadera genealogía de la reina Aija, hija de Mohammed el Aisar, y no de Mohammed el Ahnaf, como creyó con error el malogrado é ilustre orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara; los desafueros, tropelías y muertes ejecutados en sus más granados súbditos y hasta en la propia persona de su inocente hijo, el infante Yúsuf Abulhachách (4), sin otra razón que la de su insaciable codicia, su natural cruel y sanguinario, arrebatado é irascible y la flaqueza de su voluntad, presta siempre á doblegarse á las aviesas de su hermano el Zagal y de sus parciales (5)

(1) V. *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos*, p. 6. Madrid, 1858.

(2) V. la obra más arriba citada, p. 15.

(3) V. *Tratado de los Reyes de Granada y su origen en el Semanario erudito*, XII, p. 125.

(4) V. Hernando de Baeza, *Relaciones de algunos sucesos*, ps. 9 y 30.

(5) Eran los principales su cuñado Cidi Yahya, hermano de su mujer Equivilia (la Bienvenida) Nayara, hijo de Yúsuf ben Almaul (Yúsuf IV) y Abulcásim y Reduán Venegas, hijos de

ó á las pérfidas sugerencias de la Sultana Zoraya, mujer de mal gesto, como la califica Hernando de Baeza, cuya desapoderada ambición por asegurar el trono á los infantes Sáad y Nasr, sus hijos, no se paraba en barras; la conducta mañera y traidora del Infante Cidi Yahya Alnayar, más atento á su propio medro que al de su patria; la existencia en la Alhambra de aquel peregrino tesoro que revela las relaciones comerciales de los granadinos con la Siria, el Irác, la India y la China (1); la organización del pueblo de Granada, llamado á tomar parte en la solución de los altos negocios de Estado; el establecimiento del Zagal con su familia en Tlemecén; la muerte en Fez de Boabdil, con la triste situación á que habían ido á parar sus descendientes en los tiempos en que visitó Almaccarí aquella ciudad.

Ni es de menos interés la breve, pero expresiva pintura que nos hace el autor de las *Narraciones* del desenfreno y libertinaje de Muley Hacén, que dividieron la corte en dos bandos antagonistas y rivales, los

D. Pedro Venegas, apodado por nuestros cronistas *Gilaire* (el sillero), y de la princesa Ceti Meriem, hermana de Yúsuf ben Almaul.

(1) Al decir al final de la nota, página 61, que con ocasión de los disturbios y revueltas civiles este tesoro vino á menos, me refería al siguiente pasaje de Pulgar: «el Rey izquierdo se fué á Málaga é llevó consigo á un hermano del alcaide cojo (Mohammed-el-Ahnaf), su sobrino, é dos hijos del Rey Pequeño, que había mandado degollar, y antes de que de la Alhambra se fuese, robó quanto ende había». V. *Tratado de los Reyes de Granada y su origen*, p. 114.

cuales, codiciosos de alzarse con el poder, no se curaron sino de su recíproco aniquilamiento y ruina. ¡Cuán cierto es que, sin aquel desate y desbordamiento de bastardas ambiciones y de odios rencorosos, se hubiera dilatado aún por muchos años la reconquista de Granada!

«La división entre sí mismos, como lo hemos visto en el reino de Granada, dice Hernando del Pulgar, y la ambición de reynar, los acabó, estando divididos los linajes de Abenhut Alnayar y Mahomet Aben Alamar» (1).

Coincidiendo con el juicio de nuestro cronista, léese en Almacarí (2) el siguiente expresivo pasaje, que pone á continuación de los versos del talismán de la Casa del Gallo: «Y dijo verdad el autor de esta poesía, pues vino sobre esta región, que no tiene pareja en hermosura, una calamidad producida por el desacuerdo de sus arraeces, próceres, almocadenes, cadís, emires y alguaciles, todos los cuales, codiciando ardientemente para sí el poder, arrimaban el fuego á su alcorza, mientras que los cristianos, maldígalos Dios, herían en ellos con fraude, engaño y artería, pegando á Amrú con Zaid, hasta que, acrecentado su poder, lograron hacerse dueños del reino».

Un pliego quedaba por imprimir de la segunda edición de la *Reseña histórica*, cuando nuestro querido amigo, el ilustre orientalista D. Francisco Codera y Zaidín,

(1) V. *Tratado de los Reyes de Granada y su origen*, p. 64.

(2) V. *Analectas*, tomo II, 2.^a parte, p. 797.

nos dió á conocer el precioso códice intitulado: *Flores de los jardines acerca de las noticias de Iyyadh*, por Xihabeddin Ahmed ben Mohammed, el Magrebí, Almaccarí (1). Este interesantísimo manuscrito, que contiene largas series de versos del célebre vate granadinó, el alguacil Abú Abdallah ben Zemrec, autor de las casidas que se leen en el borde superior de la gran taza de mármol del *Cuarto de los Leones* y en la sala de *Daraja* (casa ó pabellón de Aija), vulgarmente llamada *Sala de las dos hermanas*, trae algunos renglones relativos á las postrimerías de la dominación musulmana en el reino de Granada que no por ser pocos carecen de interés, pues en ellos se hace mérito de la obra de un escritor de los últimos tiempos, comprendida en la titulada el *Kadiya* ó *El Orden*, escrita con ocasión de aquellos sucesos, y se nos presenta á Abú Abdallah Mohammed el Gualixí y al imam el Wanxerisi como autores de anales de la reconquista. Curiosísimo es ciertamente el párrafo que trae Almaccarí de este último escritor al folio 35 del susodicho manuscrito que, por suplirse en él alguna omisión de los otros cronistas ó asignarse distinta fecha á algún suceso, ponemos en parte á continuación: «Y ví de letra del imám el Wanxerisi, Dios tenga misericordia de él, lo que sigue: Enseñoreose el enemigo de Alhama el viernes 9 de Moharrám

(1) Esta obra, atribuída por Dernbourg á Ahmed el-Magrebí, sobrino de Almaccarí, es de este último, según Hachi-Jalifa y el doctor Wustenfeld, citados por el señor Codera en su *Misión histórica en la Argelia y Túnez*, p. 76.

del año 887 (1482 de J. C.), y se había apoderado de Gibraltar el año de 886 (1481 de J. C.), y en el año 895 (1489 de J. C.) se hizo dueño de todo el Andalus, con excepción de Granada y sus Alpujarras, y antes de esto, en el año de 92 (1487 de J. C.), conquistó á Málaga en el mes de Ramadán y en el año 97 á Granada (1). Luego que entró el enemigo infiel en la Alhambra, salió el Emir Abú Abd Allah Mohamed ben Alí al encuentro del (rey) cristiano. Fué el destronamiento de su padre Abul Hásan el domingo tres de Chumada postrera del año 890 (1485

(1) Pero como en este año tuvieron lugar las capitulaciones para la entrega de la ciudad á los Reyes Católicos y la toma de posesión de la misma, conviene puntualizar estos hechos, como lo hace Almacarí en el siguiente pasage: «Y tomó (el enemigo) posesión de la Alhambra de Granada y entró su ejército en ella el día 2 del mes de Rebí, el del Profeta, del año 897 (2 de Enero de 1492 de J. C.). Así lo he visto en una obra de cierto autor de los últimos tiempos, comprendida en el libro titulado *Al-Kadiya*, que compuso con este motivo, aunque también he visto de letra del Guadixí lo que se opone á esto, pues refiriéndose á una carta de Aben Aljathib en respuesta á Abú Selím, el Merinita, dice: que la capitulación de Granada, último de lo que restaba al Islam en Andalucía, fué en el mes de Moharram del año 897 (Noviembre de 1491 de J. C.). ¡Compadézcase Dios de Abén Aljathib y perdónele en su misericordia! Aquí concluyen las palabras de Abú Abdallah el Guadixí. Resulta, pues, que, según éste, la capitulación tuvo lugar en Moharram, y la entrada del ejército en la Alcazaba de la Alhambra, según el autor de los últimos tiempos, en el mes de Rebí, el del Profeta, fechas que no son incompatibles. Pero Dios sabe lo cierto». V. Almacarí, *Vida de Aben Iyyadh*, fol. 35.

de J. C.) Destronóle su hermano. Entró Abú Abd-Allah, el referido, en el arrabal del Albaicín en Xawal del año 891 (1486 de J. C.) y recuperó el reino de su padre de manos de su tío. Y Murió, apiádese Dios de él, en Fez el año 924 (1518 de J. C.) Fué sepultado frente de la Almosela (oratorio) que hay á la salida de la puerta Xaréa y dejó dos hijos, llamado el uno Yúsuf y el otro *Mohammed.*» Del Ms. árabe n.º 36 de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, p. 25.

De esperar es que en no largo plazo, presupuesto el exquisito celo é incansable diligencia del eximio orientalista Sr. Codera, que tantos y tan señalados servicios ha prestado y sigue prestando á las letras patrias, vengan á enriquecer la biblioteca de la Real Academia de la Historia las obras completas de los citados cronógrafos. En ese día venturoso podrán nuestros jóvenes orientalistas prestarnos el inestimable servicio de escribir con nuevos datos y documentos la historia detallada y completa de los últimos tiempos de la dinastía de los Beni Nazar, contrastando los unos con los otros los textos de los autores musulmanes y cristianos y poniendo en su punto, sin amenguar el valor de los vencidos ni exagerar el heroísmo de los vencedores, los hechos hazañosos de aquellos gloriosísimos tiempos.



RESEÑA HISTÓRICA

DE LA CONQUISTA DEL REINO DE GRANADA POR LOS
REYES CATÓLICOS, SEGÚN LOS CRONISTAS
ÁRABES. (I)

LA decadencia á que había llegado el estado granadino en los días que precedieron al advenimiento al trono del Emir Abulhásan Alí era señal cierta de su próximo acabamiento y ruina. La cólera de Dios, justamente indignado por las abominaciones y peca-

(1) Los cronistas árabes, de que me he servido para la redacción de esta *Reseña*, son el autor anónimo del libro intitulado *Narraciones de la época sobre la extinción de la dinastía nazari-ta*, Ms. de la Biblioteca del Escorial, de que me comunicó una copia mi excelente amigo el Dr. Simonet, y Ahmed ben Mohammed Almaccari. La obra del primero fué dada á la estampa en Munich en 1863 por Marcos José Müller, acompañada de una versión alemana. El texto árabe del segundo se publicó en Leiden allá por los años de 1858 y 59 por los orientalistas Khrel,

dos de los musulmanes, se cernía sobre sus cabezas, amenazándoles con ejemplares y tremendos castigos. Á dar crédito á los historiadores de Granada, muchos fueron los avisos que recibieron sus habitantes de no estar lejano el día en que las armas cristianas se apoderasen del último baluarte de su dominación en España. Refiere Almaccarí haber leído una vez en un escrito autógrafo del literato, secretario, hafiz y cronista Abu Abdallah Mahommed, hijo de el-Haddad, natural de Guadix, residente en Tlemecen, lo siguiente, de cuya veracidad testifica: Me contó el alfaquí, el justo Sidi Hásan, hijo del alcaide y general, el muy ilustre Sidi Ibrahim al-Arráf, que presenció el derribo del talismán conocido por el *Gallo de los Vientos*, colocado en la parte más alta de la Alcazaba Cadima de Granada, con motivo de las reparaciones que iban á hacerse: yo lo ví con mis propios ojos: era de siete metales y tenía la siguiente inscripción en verso: «El palacio de la hermosa Granada es digno de consideración. Su talismán da vueltas según las vicisitudes del tiempo. El viento rige á su ginete, á pesar de su solidez, mas no sin misterios, porque en verdad, despues de subsistir breve tiempo, lo azotará un infortunio que destruirá al palacio y á su dueño.»

Wright, Dozy y Dugat, con el título de *Analectes sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne*. La parte puramente histórica de esta obra había sido años antes traducida al inglés por D. Pascual Gayangos, con el título *The history of the Mohammedan Dynasties in Spain*.

Luego que el Emir Abulhásan Alí se enseñoreó de Andalucía, todos le prestaron obediencia, no quedándole en él un solo rebelde. Sucedió esto, sin embargo, después de las alteraciones y revueltas que tuvo con su padre, y muerto este con sus alcaides, los cuales, aspirando á alzarse con la autoridad real, habían anulado hasta tal punto al Emir, que no llegó á quedarle de ella más que el nombre. No compadeciéndose esta usurpación con su natural altivo y arrogante, resolvió sacudir yugo tan afrentoso; pero al poner su pensamiento por obra, se le rebelaron muchos de sus alcaides, y, secundados por algunos capitanes cristianos, proclamaron á su hermano menor, Abu Abdallah Mohammad ben Saád, apellidado el Zagal. Encendióse con esto el fuego de la guerra civil. En circunstancias tan críticas hizo Abulhásan un llamamiento á su pueblo, ofreciendo á cuantos acudieran á su voz mejorar su condición, guardar las leyes, velar por los intereses del estado y procurar el mayor lustre de la religión. Á este llamamiento del Emir respondieron sus vasallos, chicos y grandes, y alistados bajo sus banderas, lograron, tras porfiados y reñidos combates, dominar la revuelta. Contribuyó grandemente á esto la sumisión de su hermano el Zagal, el cual, habiendo logrado escaparse de las garras de sus alcaides, se presentó en el campo del Emir. Desconcertados con esto, se hicieron fuertes los rebeldes en Málaga, pero habiéndose levantando la población en armas y proclamado á Abulhásan, cayeron aquellos en sus manos y fueron decapitados.

Con tan próspero suceso quedó la Andalucía limpia de enemigos. Asegurado en su trono y solícito de dar gentil empleo á su caracter emprendedor y belicoso, convirtió sus armas contra los infieles, apoderándose de muchos de sus castillos y fortalezas. Estas brillantes cuanto afortunadas empresas, no distrajeron su ánimo de mirar por la prosperidad y grandeza de su pueblo. Fiel cumplidor de sus promesas, hizo resplandecer la justicia, reparó las fortalezas, acrecentó el ejército y se hizo temer de los infieles, con los cuales ajustó paces por mar y tierra. Acrecentóse con esto el bienestar público; multiplicáronse las subsistencias; abaratáronse los mantenimientos y la seguridad en las personas y haciendas fué general en todo el reino. Finalmente, acuñó moneda de buena ley.

Habiéndose aumentado considerablemente el ejército, resolvió Abulhásan pasar una gran revista, á fin de que, viendo el pueblo su brillante estado, quedaran justificados á sus ojos los nuevos tributos que proyectaba imponerle. Á este efecto dispuso que el alarde tuviera lugar en la Alhambra, en el sitio conocido por la Tabla (1), situado delante de la puerta de

(1) La *Tabla* era un sitio al aire libre en la Alhambra, frente á la torre de los Siete Suelos, donde se celebraban juegos de caballeros y luchas de fieras. Léese en Aben Aljatib: «Mi dicho en loor del Sultán, cuando dispuso para celebrar la circuncisión de su hijo, que los caballeros disparasen (sus bohordos ó venablos) sobre discos de madera, cuya superficie, por ser plana, se llamaba la *tabla*, y que se trajesen de la tierra de Allan perros feroces y robustos, que se arrojaban sobre toros muy bra-

Algodor (1) (Puerta de los pozos ó cisternas), y llamando á sus alarifes les mandó construir un pabellón, desde el cual pudiera presenciar el desfile. Demás de esto hizo reparar los caminos y allanar el campo en que había de maniobrar la caballería.

Convocados todos los guerreros del reino, diose comienzo á la revista el domingo 19 de Dulhicha del año 882 (24 de Marzo de 1478). Tenían por costumbre los granadinos, hombres, mujeres y niños, ir cuotidianamente á recrearse á la Asabíca (2) y alrede-

vos y, haciendo presa en sus orejas, facilitaban á los hombres el apoderarse de ellos, con otros varios juegos y lances que se usaban en semejantes fiestas». V. *Autobiografía* de Aben Aljatib, Cód. Escorialense, p. 441, apud Müller, *Die Letzen zeiten von Granada*, n. á la p. 106.

(1) Es la puerta cerrada que hay sobre la torre de los Siete Suelos.

(2) La *Asabíca*, lugar de que hacen frecuente mención los poetas y cronistas árabes, era el nombre del monte en que está situada la Alhambra y del valle que se extendía desde la puerta de *Bib-Gárnata*, *Bib-Yacüb* ó *Bib-Leuxar* (que todos estos nombres tuvo en tiempo de moros la que es hoy conocida por Puerta de las Granadas) hasta la huerta del Generalife. Lindaba por el Mediodía con el Sened Maurór (Torres Bermejas) y el Ahabul del Neched (Campo de los Mártires.) Según Aben Aljatib (*Íhata*, cód. de la Biblioteca Nacional, p. 357), en lo alto de la Asabíca se hallaba situada la vieja mezquita que sirvió de mausoleo desde Mohamed I, fundador de la dinastía Nazarita, á la mayor parte de los sultanes sus sucesores. Este valle de la Asabíca fué el palenque donde, en el siglo IX, fueron derrotados con atroz matanza los cristianos y muladíes de Elvira por Saguar Ben Handun Alcaís en aquellos dos famosos combates conocidos por las batallas de la Almedina (V. Aben Hayán, apud

dores de la Alhambra. Todos los caballeros de Andalucía, así los del Algarbe, como los de la Ajarquía, habían acudido á la convocatoria del Emir. Diariamente pasaba revista una taifa, terminándose la de todo el ejército el 22 de Moharram de 883, que corresponde al mes de Abril de los cristianos (24 de Abril de 1478). En este alarde hicieron ostentación de sus brillantes galas todos los caballeros, aderezados, como iban, de bruñidas armaduras de acero, de lujosas sobrevestas de seda, ginetes sobre poderosos corceles ricamente paramentados y luciendo sus primorosas espadas, lanzas y adargas, incrustadas de plata y oro. Como día de gran fiesta y solemnidad se había reunido gran muchedumbre en la Asabíca de la Alhambra, así de la ciudad, como de las alquerías de su alfoz. Á medida que desfilaban los caballeros, se formaban en la Asabíca. Á eso del medio día dispuso Dios que pareciese una gran nube, la cual, acompañada de truenos y relámpagos, se extendió por la Asa-

Aben Alabar, *Holatu Siyara*), y donde más tarde en una sorpresa nocturna fué acuchillada la caballería de Aben Hamusco por la de Abdelmumen, sultán de los Almohades. Vid Aben Alatir en su *Alcamel*, apud Tomberg, *Cartús*, tom. II, p. 418. En los últimos tiempos del reino árabe granadino era la Asabíca un vasto campo frecuentado por el pueblo, en el que tenían lugar los alardes ó revistas militares y donde los caballeros solían ventilar en trance de armas sus agravios. La mezquita y mausoleo de los reyes nazaritas quedaron destruidos luego que por concesión de los reyes Católicos trasladó Boabdil los cadáveres de los sultanes, sus antepasados, á la rauda ó cementerio real de la fortaleza de Mondújar, situada en el Valle de Lecrín.

bica y lugares circunvecinos y, abriendo sus cataratas se desató en torrentes caudalosos que invadieron las calles, atajando el paso á la multitud. Los clamores y llantos de las mujeres y de los niños y los gritos de los hombres ensordecían el aire. Creció el río Darro con tan copiosa avenida que arrancó de cuajo los olmos, almeces, almendros y otros árboles corpulentos que arraigaban en sus riberas. Desbordóse la avenida por la ciudad, arrastrando entre sus impetuosas corrientes todas las casas, tiendas, mezquitas y alhóndigas situadas en sus orillas. Los más sólidos edificios se desplomaron, no dejando de los puentes más que el arranque de sus arcos. Aglomerados los árboles, arrastrados por el torrente, en el centro de la ciudad, cegaron la luz de otro de los puentes, y, obstruido el curso de las aguas, se vieron sus habitantes á pique de perecer, pues invadieron la Tachára (el Comercio) y la Alcaicería, muchas de cuyas tiendas fueron anegadas, llegando hasta la plaza de la gran Mezquita y al Carraquín (los zapateros) y á la Asaga (los plateeros) y al Haddadín (los herreros) y á otras plazas y habitaciones. Por último, Dios se apiadó de Granada y de sus moradores, y abriéndose paso las aguas por puentes y muros salieron de la ciudad.

Por aquel tiempo se suscitaron enemistades y querellas entre los nobles castellanos. Quién se alzó con el reino de Córdoba, quién con el de Sevilla, quién con el de Jerez. Pero no se aprovechó el Emir Abulhásan de estas disensiones y revueltas, porque desde el funesto día de la inundación se vió declinar su po-

der. Encenagado en los deleites, entregado á la continua á las mujeres y á las zambras, dejó la administración del reino en manos de sus alguaciles; desatendió los negocios de estado y dió lugar á que se corrompiera el ejército y perdiera su disciplina y valor. Hasta tal punto llegó su retraimiento, que ni aun siquiera se dejaba ver de su pueblo. En cambio sobrecargó los impuestos, hizo nuevas y onerosísimas derramas, aumentó los tributos de los mercados y su desenfrenada codicia le hizo apoderarse de la hacienda de sus súbditos.

Este su afán de allegar riquezas contra toda ley y fuero, en contraste con su mezquindad, rayana en tacañería, produjo sus naturales frutos. Todos hablaban mal de él, censurando públicamente sus desmanes y administración desastrosa. Tenía el Emir entre sus alguaciles uno tan identificado con él que, haciendo á todos rostro de benevolencia y moderación, venía luego con sus hechos á desmentir lo que declaraba su lengua (1).

Hallábase casado el Emir Abulhásan Alí con una hija de su tío el Emir Alaisar, en la cual había tenido dos hijos, Mohammed y Yúsuf. Pues entre sus otras liviandades y torpezas cometió la de preferir á su mujer una esclava cristiana, que le decían Zoraya, por quien había mostrado en todo tiempo singular predilección. Rifado el seso por ella, cortó toda rela-

(1) Parece que este alguacil debió ser Abul Casim Venegas. V. Bernaldez, *Hist. de los Reyes Católicas*, cap. 56.

ción con la hija de su tío y con sus hijos. Llena de celos la infeliz princesa, cuya dignidad no podía aguantar en paciencia aquella humillación, hizo blanco de su justo enojo á la favorita, suscitándose entre ambas enconadas querellas, que trascendiendo á la corte la dividieron en dos enemigos é irreconciliables bandos, de los cuales el uno se puso de parte del rey, de Zoraya y de sus hijos, y el otro de la Horra Aija y de los suyos. Prolongóse este estado de cosas por mucho tiempo, durante el cual la infeliz princesa estuvo presa de sobresaltos mortales, pues, conociendo la iracunda y arrebatada condición de su marido y el ascendiente que sobre él tenía la esclava cristiana, andaba temerosa por la vida de sus hijos.

Mientras tanto, engolfado Abulhásan cada vez más en los placeres, seguía su alguacil en el desgobierno del reino, decretando nuevos pechos y haciendo objeto de su rapacidad los bienes del pueblo. Llegó á tener tan en menos á los hombres más esforzados y valerosos del ejército, que concluyó por suprimirles los sueldos, con lo que exhaustos de todo recurso, se vieron en el duro trance de apelar para comer á la venta de sus armas y caballos. Y como este proceder desatentado y loco había de dar por fuerza margen á murmuraciones y censuras, cortándolas de raíz, mandó matar el Emir á muchos varones de dirección y consejo y á los arraeces y caballeros más ilustres del reino. Forjábanse el Emir Abulhásan y su alguacil la ilusión de que, en guerra á la sazón los cristianos los unos con los otros, no había de llegar el día

en que hubiesen menester del arrimo y ayuda de aquellos nobles cuanto infortunados caballeros, sacrificados en hora menguada á su recelo y temor. No hay que decir con esto la deplorable situación en que se encontraba el ejército y la penosísima del pueblo, esquilgado por las gabelas y tributos destinados á fomentar la crónica liviandad del sultán.

Durante estos sucesos, terminadas las alteraciones del reino, ocupó tranquilamente su trono el monarca de Castilla, y reconocida su autoridad por los nobles, que le habían hecho la guerra, se halló en estado de volver las armas contra los musulmanes. Al tanto de los acontecimientos de la córte granadina, esperaban los cristianos la terminación de la tregua para romper las hostilidades. Ganoso de conjurar esta tormenta y considerando que gran parte de la culpa de lo que pasaba, correspondía al mal gobierno del alguacil, privado del soberano granadino, acudió el pueblo al Emir Abulhásan en queja de su arbitrariedad y tiranía, y como el mal aconsejado príncipe se desentendiese de ella, llegó tan á su colmo el descontento de sus súbditos, que pidieron la destitución del alguacil y la de sus adherentes, principales dignatarios del reino. Tenaz y terco en sus resoluciones, esta nueva petición corrió la suerte de la primera.

Llegó en esto la terminación de la tregua y con ella la noticia de que los cristianos, capitaneados por el Señor de Cádiz (1), se habían apoderado de Alhama.

(1) D. Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz.

Ocurrió este suceso en la noche del 9 de Moharram, año de 887 (28 de Febrero de 1482), hora en que los habitantes se hallaban entregados al sueño y estaba desamparada la alcazaba, en la cual solo se encontraba á la sazón la familia del alcaide. Apoderados los cristianos de la fortaleza, descendieron espada en mano á la ciudad y derramándose por calles y plazas, llevaron á todas partes el cautiverio y la muerte.

Cuando la noticia de este desastre llegó á Granada, alborotóse la ciudad y en un pensamiento todos exclamaban: «Después de esta calamidad, no es posible sobrellevar la vida: corramos á libertar á nuestros hermanos ó á morir por ellos». Dada cuenta al Emir y á su alguacil de esta resolución y considerando la debilidad de sus fuerzas para acometer empresa semejante, idearon trazas para disuadirles de su intento, diciéndoles que ante todo había que hacerse de armamento y allegar cuanto era menester para la guerra. Pero firme el pueblo en su actitud, inclinó al cabo el ánimo de aquellos á emprender la expedición.

Al llegar la vanguardia del ejército cerca de Alhama vieron los musulmanes que los cristianos, cuyo número entre caballeros y peones no bajaba de diez mil, habían salido de la ciudad con los hombres, mujeres y niños que habían cautivado y gran cantidad de acémilas, cargadas de rico botín, con ánimo de regresar á su tierra. Pero cuando divisaron á la caballería musulmana y vieron que se les echaba encima, arrojaron al suelo las cargas y volviéndose apresuradamente á la ciudad, se hicieron fuertes en sus muros.

Trabada la acción, embistieron los musulimes con valor y esfuerzo heróico á los sitiados, logrando, tras cuatro sucesivos asaltos, penetrar en la ciudad por una de las puertas, que rompieron y quemaron. Ya habían escalado el muro, cuando recibieron del Emir y su alguacil la orden de retirada. Y como se negasen á obedecer, decíanles aquellos: «La noche se ha entrado sobre nosotros; pero mañana al despuntar el día penetraremos en la ciudad». Suspendido el asalto, se retiraron los musulmanes á sus tiendas. Mientras tanto los cristianos pasaron la noche adobando sus defensas, asegurando sus posiciones y tapando sus portillos. Cuando amaneció y repararon los sitiadores que la muralla se encontraba en distinto estado de fortaleza de como la habían dejado la víspera, comprendieron que el tomarla por asalto era empresa temeraria. En su vista adoptaron la resolución de bloquear la ciudad y mantenerla en apretado cerco. Aumentáronse en tanto las fuerzas sitiadoras con los refuerzos de infantería y caballería, que les vinieron de Granada y de toda Andalucía, en términos de llegarse á reunir un grande ejército. Para su mantenimiento y sostén se abrieron mercados en los cuales se encontraba en abundancia toda suerte de provisiones. Prosiguióse el cerco con gran vigor; cortóse á los sitiados el agua y la leña, vedándoles la entrada y salida de Alhama. Veíase á los sitiadores llenos de entusiasmo, activos y resueltos, esforzados y valientes, esperando la entrada en la ciudad, que repetidamente les ofrecía el alguacil, diciéndoles:

«Muy luego el hambre les hará caer en nuestras manos». Pero no tardaron estas promesas en descubrir su falacia. Las murmuraciones y sospechas se hicieron generales y no había uno en el campamento que no acusase de traición al Emir y á su ministro. En tan comprometida situación forjaron estos la especie de que habían recibido nuevas de uno de sus parciales, morador en tierra del infiel, en que les participaba que el rey de los cristianos con un grande ejército iba en auxilio de los sitiados y que, debiendo parecer de una hora á otra, no les era dable contrarrestar sus fuerzas. Estas noticias produjeron el pánico entre los sitiadores, los cuales, obedeciendo la orden del alguacil, levantaron el cerco y tomados de dolor, de desesperación y de tristeza volvieron á sus hogares.

Reforzada la guarnición de Alhama por el ejército cristiano, mandado por el Señor de Sevilla (1), celebraron consejo sus capitanes sobre el partido que les convenía tomar, si el de abandonarla ó mantenerse en ella. Decididos por lo último, repararon sus fortificaciones y la abastecieron de cuanto necesitaba. Después de distribuir el botín, regresó á sus estados el Señor de Sevilla.

Pasado algún tiempo tornaron los musulmanes á poner apretado cerco á Alhama, y deseando ardientemente apoderarse de ella, escalaron un sitio del muro desguarnecido por los cristianos. Pero se frustró

(1) D. Enrique de Guzmán, Duque de Medina-Sidonia.

su ventura; porque, apercebidos estos, acudieron en gran número contra los asaltantes, á los cuales pasaron á cuchillo, precipitando á muchos desde lo más alto de la montaña en que está situada la ciudad. La mayor parte de las víctimas eran de Baza y de Guadix.

En el mes de Chumada 1.^a del mismo año se supo que el rey de Castilla había entrado en territorio musulmán á la cabeza de una numerosa hueste, sin detenerse ni poner cerco á ninguna plaza. Reuniéronse los habitantes de Granada, preguntándose los unos á los otros cuál sería la intención del enemigo; pero muy en breve llegaron nuevas de que el rey de Castilla había parecido delante de Loja y asentado ante sus muros su campamento con el propósito de apoderarse de ella. En vista de esto salió de Granada hacia aquella parte el ejército musulmán con abundantes bastimentos, y acometiendo á los cristianos, los derrotaron, apoderándose de sus grandes piezas de artillería. Nuevas fuerzas musulmanas, mandadas aquella noche por el Emir Abulhásan, vinieron á reforzar á los defensores de Loja y, habiendo retado á los cristianos á nueva batalla, los volvieron á derrotar con gran matanza, dejando en manos de los granadinos sus tiendas de campaña, copiosos víveres, su artillería y una gran cantidad de pólvora. Tuvo lugar esta victoria el 27 de Chumada 1.^a del año 887 (15 de Julio de 1482).

En este día llegaron nuevas á Loja de que Abu Abdallah Mohammed y Abulhachách Yúsuf, temerosos de que el sultán Abulhásan, su padre, de condi-

ción arrebatada é irascible, les quitase la vida por sugestión de su concubina, la cristiana Zoraya, se habían escapado de la Alcazaba durante la noche, de acuerdo con su madre y ayudados de sus parciales, y refugiándose en Guadix, donde habían sido proclamados, ejemplo que siguieron Almería, Baza y Granada.

Influyó grandemente este suceso para hacer más cruda la guerra civil, pues el odio y encono entre ambos bandos llegaron hasta el punto de matar Abulhásan á su propio hijo Yúsuf.

Alzada Granada por el Emir Abu Abdallah, huyó su padre el Emir Abulhásan á Málaga.

En el mes de Safar del año 888 (Marzo-Abril de 1483) reunieron los arraeces cristianos y condes de la frontera una hueste de cerca de 8.000 hombres, capitaneados por los Sres. de Sevilla, Jeréz, Ecija, Antequera y otros lugares, tomando la dirección de la *Cora* ó distrito de Málaga y Vélez. No obstante esto, no consiguieron reducir ninguna fortaleza, antes bien, habiéndose metido en los desfiladeros, angosturas y barrancos de las montañas, fueron atacados por los habitantes de aquellos parajes, quienes, haciendo en ellos gran matanza, los fueron persiguiendo y acuchillando hasta cerca de Málaga, donde habiéndoles salido al encuentro el Emir Mohammed ben Saád, que había quedado en aquella ciudad con parte del ejército de su hermano Abulhásan, al retirarse este á Almuñecar, acabó de poner en dispersión al ejército cristiano, cogiendo gran número de prisioneros. Llegó en esta brillante jornada el número de los infie-

les muertos á 3.000 y á 2.000 el de los cautivos, contándose entre estos un tío materno del rey, los señores de Sevilla, Jerez y Antequera y sobre 30 de los primeros nobles de Castilla. El botín cogido en esta ocasión por los musulmanes en plata, oro, preseas, armas y caballos fué considerable. Trasportado á Málaga para distribuirlo entre los que habían tomado parte en la acción, cayó en manos de los inicuos y nadie recibió nada. Tuvo lugar este hecho de armas el día 11 de Safar del mismo año (21 de Marzo de 1483.) A fines del propio mes (Abril de 1483) la gente de Málaga invadió el territorio cristiano; pero sufrió una gran derrota, en la cual perdieron la vida la mayor parte de los jefes del Algarbe andaluz.

Cuando el sultán Abu Abdallah, hijo del sultán Abulhásan, se vió firmemente sentado en el trono de Granada y sometidas á su autoridad todas las ciudades del reino, sin más excepción que Málaga y el Algarbe, quiso hacerse dueño de estos distritos y con noticia de la marcha de su padre hacia Almuñecar, salió al encuentro con gente de Granada y de la parte oriental de sus estados y habiéndole encontrado cerca de un lugar, llamado Addab, sufrió un fuerte descalabro, que le obligó á regresar á la capital de sus estados.

Estimulado el sultán Abu Abdallah por los despojos alcanzados por su tío en la rota de los cristianos, penetró en territorio infiel con las tropas de Granada y de la Ajarquía en el mes de Rebí 1.^a del mismo año (Abril-Mayo de 1483), llegando á los al-

rededores de Lucena, matando, cautivando y recogiendo rico botín. Pero habiendo acudido los infieles de los distritos comarcanos y cerrádole los pasos de la montaña, que comunicaban con su reino, á pesar de sus cortas huestes, fueron completamente derrotados los musulmanes, perdiendo la mayor parte la vida y cayendo en cautiverio los restantes (1). Hallábase entre estos el mismo sultán, el cual, aunque al principio nadie supo quien era, vino al cabo á ser reco-

(1) Murieron en esta desastrosa jornada, según relación de los mismos prisioneros, los alcaides Yúsuf Abdilbar, Alguacil mayor de Granada, el Alatar, alcaide de Loja, señor de Sagra, cabecera mayor del reino y suegro de Boabdil, como casado con su hija Moraima ó Mariquita (la Horra ó sultana era hija de Mohammed el Ahnaf, como se lee en Hernando de Baeza); el alcaide del Soto, el alcaide Mohamed el Valenci, el alcaide Monfarra, pariente del rey, el alcaide Abraham Aben Comixa, el alcaide Mohamed Abdilbar, primo del alguacil mayor, el alcaide Zarcas, el alcaide Zeyan, el alcaide Gairalla, hermano del alcaide Fotoh, el alcaide Mohamed el Geril y el alcaide Yúsuf el Cortobí. Entre los cautivos se contaron Muley Saád, pariente del rey, el alcaide Mahomed Fotoh, el alcaide Mohamed ben Reduan, mayordomo mayor del sultán de Granada, el alcaide Mohamed ben Cerrach, el alcaide Hamet ben Zulema, el alcaide Alboray y otros, que por no ser cabeceras se ocultaron sus nombres. V. *Hist. de la Casa de Córdoba*, Ms. de la Biblioteca Nacional, Y. 40, folio 120 vuelto. Cayeron en poder de los cristianos en aquella rota memorable 22 banderas: las 21 de Boabdil y de los diversos barrios de la ciudad de Granada y una del Alatar de Loja. Guardadas en la torre de los Arqueros del castillo de Baeza, el 23 de Abril de todos los años, día de San Jorge, que fué el de la batalla, se sacaban en procesión

nocido por el Sr. de Lucena, á cuya ciudad fué llevado con los otros prisioneros y el botín cogido en la batalla. El autor anónimo difiere de Almacari en esto, pues dice que fué el mismo sultán quien se dió á conocer, y que en el momento mismo se le puso aparte de sus compañeros de infortunio, tratándole con todo miramiento y respeto.

Noticioso el Sr. de Lucena (1) que el de Cabra (2) quería apoderarse del cautivo, aprovechando la oscuridad de la noche salió con él de la fortaleza de Lucena y lo llevó al rey de Castilla, el cual, reconocido á tan señalado servicio, que le allanaba el camino para hacerse dueño de la tierra musulmana, lo elevó á la más alta dignidad entre sus capitanes y aun le confió en adelante alguna empresa de cuenta.

Cuando los grandes de Granada y los jefes de Andalucía supieron el cautiverio del sultán Abu Abdallah, marcharon á Málaga á ofrecer el trono á su padre el Emir Abulhásan Alí ben Saád, con el que regresaron á la capital; pero afectado el viejo sultán de una enfermedad, semejante á la epilepsia, que lo había dejado ciego, renunció la corona en su hermano el Zagal y se retiró á Almuñecar, donde murió al cabo de poco tiempo. El autor anónimo también discrepa en esto de Almacari, pues dice que el sultán

abatidas ante el pendón del conde de Cabra, en cuyo archivo se conservaba un libro en que estaban puntualmente pintadas con sus propios colores y matices. V. op. cit., fol. 120 v.º

(1) El Alcaide de los Donceles.

(2) El Conde de Cabra.

Abulhásan fué depuesto del trono por su hermano y conducido á la ciudad de Almuñecar, donde falleció.

Á pesar de estos acontecimientos y de continuar en su cautiverio el Emir Abu Abdallah, ni cesó la guerra civil en sus estados, ni el enemigo de ampliar sus conquistas.

En el mes de Rebí 2.^a del año 890 (Abril-Mayo de 1485) invadieron los cristianos el Algarbe andaluz apoderándose de los castillos de Cártama y Coín, como en año anterior lo habían hecho de los de Almará y Setenil. Acaeció en la toma de Coín que, habiendo penetrado en su recinto por asalto como mil hombres de armas, cayó sobre ellos de improviso un cuerpo considerable de musulmanes, que procedentes de los distritos occidentales y de Ronda se hallaban en la fortaleza, y los pasaron á cuchillo. Á pesar de esto tuvo la guarnición que capitular y evacuar la plaza.

En el mes de Chumada 1.^a del mismo año (Mayo-Junio de 1485) sitiaron los cristianos á Ronda, cuyos habitantes habian ido en socorro de Coín y otras fortalezas, y habiéndola bloqueado y destruido con su artillería parte de sus muros, pidió capitulación.

Con la toma de Ronda se sometieron á los cristianos sin resistencia todos los lugares adyacentes, de suerte que no quedó en el Algarbe de Málaga quien no reconociera la soberanía del rey infiel, el cual, luego de distribuir sus fuerzas en las fortalezas conquistadas, se retiró á sus estados.

Sabedor el Emir Mohammed ben Saád que el ene-

migo amenazaba al castillo de Moclin, se dirigió á él secretamente el 19 del mes de Xabán del año antes citado (31 de Agosto) con su ejército y la gente de Granada, á fin de reparar la parte de sus muros que se hallaba destruida. Estando en él recibió el Emir nuevas de que el enemigo había salido en aquella dirección. Con efecto, al declinar el día echaron de ver los musulmanes hacia tierras de Alcalá una nube de polvo, producida por las huestes cristianas. Sin parar mientes en esto, ni el Emir ni su alguacil tomaron las precauciones que la estrategia aconseja en tales casos, poniendo avanzadas á distancia conveniente. Con el mayor descuido pasó el ejército musulmán la noche del 22 de Xabán (3 de Septiembre), cuando al romper del día de la siguiente mañana se vió inopinadamente revuelto con el de los cristianos, con tanta sorpresa suya como de estos, que, sin sospechar estuviesen allí los granadinos, habían caminado durante la noche para caer al alba sobre el castillo. Al encontrarse los dos ejércitos se levantó gran gritería y clamoreo y los cristianos hicieron resonar sus tambores y trompetas, dispararon su artillería y se trabó el combate con tanto empuje y arrojo por su parte, que llegaron hasta la tienda del Emir con ánimo de hacer presa en él. Pero Dios mantuvo firmes á los musulmanes, y resistiendo denodadamente el empuje del enemigo, rodearon la tienda de su soberano é implorando la gracia de Dios murieron muchos heroicamente en su defensa. Duró la lucha breves momentos, siendo al cabo vencidos y puestos en disper-

sión los cristianos y perseguidos por los musulmanes, que les causaron gran número de muertos. Cesaron luego, sin embargo, en la persecución, temerosos de encontrarse con el núcleo del ejército enemigo, que se hallaba cerca de Moclín con ánimo de atacarlo y apoderarse del castillo, pues la parte de él que acababa de ser derrotada, era solo su vanguardia, que se había adelantado con municiones, artillería, pólvora, segures y otras cosas, todo lo cual cayó en manos de los musulmanes, quienes en la tarde de aquel día, ufanos de la victoria y agradecidos á Dios por la ayuda que les había prestado, regresaron á Granada, á donde llegaron ya de noche. Fué esta jornada de las más señaladas victorias. Dice el narrador, Dios le haya perdonado; me contó un noble caballero de los más bizarros y valientes: «Hallábame al frente de los caballeros que perseguían á los cristianos, cuando, adelantándome en cierta dirección, encontré á varios de ellos muertos, sin haber visto que nadie me precediera ni podido sospechar quién pudo quitarles la vida.»

Después de esta batalla nada de nuevo ocurrió hasta el mes de Ramadan (Sept.-Oct. de 1485), en que los cristianos pusieron sitio á Cambil, cuyos defensores, viendo que los enemigos, después de batir sus muros, habían penetrado en la plaza, pidieron capitulación y, acordada que les fué, salieron asegurados con sus hijos y haberes. Tras la toma de Cambil cayeron en poder de los cristianos muchos castillos, entre ellos los de Arenas, Mojácar, Hiznaloz,

Zalaha (Zalia), uno de los del distrito de Vélez, y otros, con lo que el rey cristiano estrechó de tal suerte y por todos lados el territorio musulmán, que no embestia fortaleza que no se le diera, ni llegaba á lugar que no se rindiera inmediatamente á sus armas.

No satisfecho con tan rápidos triunfos, empleó el rey de Castilla todos los recursos de su ingenio y todas sus estratagemas para subyugar el resto de Andalucía. Con este propósito dió libertad á su prisionero, el sultán Abu Abdallah, y habiéndole provisto de hombres y dinero y dádole un vestido de honor, prometió asistirle en todo lo que hubiese menester, asegurándole que cuantos volvieran á su devoción y entrasen en su obediencia, serían comprendidos en el tratado de tregua, paz y alianza ajustado con él. Con estas promesas, dirigióse el sultán Abu Abdallah á Velez-Málaga, y habiéndosele sometido esta ciudad, juntamente con los castillos de la Ajarquía, á quienes había brindado con la paz, mandó que se leyera en la plaza pública el tratado con el rey cristiano. Divulgada la noticia por el reino, los habitantes del Albaicín, uno de los arrabales de Granada, gente desinquieta y levantisca, amiga de disturbios y revueltas y apegada á los cristianos, se alzaron en su favor. Secundados por algunos malos ciudadanos y por otros, que, sin serlo, persuadidos de la postración del estado, suspiraban por la paz, levantaron el estandarte de la rebelión y proclamaron sultán de Granada al Emir Abu Abdallah. Las consecuencias de esta rebelión fueron la discordia y recrudecimiento de la guerra ci-

vil entre el Albaicín y Granada, cuyos habitantes asaltaron aquel arrabal con piedras y otros proyectiles desde lo alto de la Alcazaba Cadima, disparando contra sus moradores sus catapultas y artillería. Defendíanse estos bravamente esperando la llegada del Emir Abu Abdallah, que no dejaba de mandarles mensajeros desde la Ajarquía. Acaeció esta rebelión el día 3 de Rebí 1.^a del año 891 (9 Marzo de 1486) y duró hasta el jueves 10 de Chumada 1.^a siguiente (19 de Mayo de 1486).

Mientras ambas parcialidades se hacían la guerra y los del Albaicín esperaban la llegada del Emir Abu Abdallah, llegaron noticias á Granada de que éste había tomado posesión de Loja y que se mostraba dispuesto á ajustar paces con su tío el Zagal, que se hallaba en la Alhambra. Ofreció el Emir Abul Abdallah á su tío dejarlo en la quieta posesión del reino, sin más condición que la que le diese en feudo á Loja y otra ciudad cualquiera, á su grado, y que ambos serían en adelante una mano contra los enemigos de su fé. Mandó también á los del Albaicín un mensajero para darles cuenta de su resolución y hacerlos entrar en paz, como entraron, con su tío el Zagal.

Durante el curso de las negociaciones el rey cristiano se dirigió á Loja con poderoso ejército. Asistía al Emir Abu Abdallah un cuerpo de tropas, procedente del Albaicín, el cual, al saber su entrada en Loja, había ido á reunírsele y á cumplir á la vez los deberes de la guerra santa.

Receloso el pueblo de Granada y la gente de sus

cercanías que el sitio de Loja fuera un ardid del enemigo, no acudieron al socorro de la plaza. En el entretanto los cristianos apretaban el cerco con creciente rigor, comenzando á circular rumores alarmantes entre los sitiados de ser todo lo que pasaba asunto convenido entre el rey de Castilla y el Emir Abu Abdallah durante su cautiverio. Esto, la toma de uno de los arrabales por los cristianos, la destrucción por su artillería de parte de las murallas de la ciudad con muerte de sus más valientes defensores y el convencimiento de que Granada no había de acudirles, decidieron á sus habitantes á rendirse bajo el seguro de sus personas, hijos, caballos, armas, acémilas, con todo lo que pudieran llevarse, el 26 de Chumada 1.^a del año 891 (30 de Mayo de 1486).

Tomada Loja, muchos de sus habitantes se refugiaron en Granada: solo el Emir Abu Abdallah se quedó en ella, retenido por el rey cristiano con el propósito de someter por medio de él toda la Andalucía, circunstancia que persuadió á los granadinos de que su entrada en aquella ciudad no habia llevado otra mira que la de poner en posesion de ella al rey de Castilla en cumplimiento de lo pactado con él (1) y como precio del rescate.

Habiendo dejado un presidio en Loja, retiróse á sus estados el rey de Castilla con su cautivo el sultán.

A mediados de Chumada 2.^a del mismo año (18

(1) Y así parece ser la verdad, pues en las capitulaciones ajustadas en Córdoba por los emisarios de la reina Aija con el

de Junio de 1486) atacó el infiel el castillo de Elvira y habiendo demolido la artillería parte de sus muros, capituló su guarnición bajo el seguro de sus personas, acémilas, armas y ajuares y se fué á Granada. Trasladó después el enemigo su campamento á Moclín y sitiada su fortaleza, la combatió reciamente con su artillería y otros ingenios, entre los cuales figuraban unos que lanzaban globos de fuego, los cuales, elevándose en los aires, caian luego sobre el lugar, abrasándolo y destruyéndolo todo. Viendo esto los habitantes de Moclín, que se defendían con gran valor, y que las provisiones les iban escaseando, capitularon y se fueron á Granada bajo el seguro de sus personas y haciendas. Igual suerte corrieron los habitantes de Colomera, los cuales, en vista de lo que había sucedido con los castillos cercanos, entregaron el suyo sin resistencia. Lo propio acaeció á los de Montefrío, cuya fortaleza sitiaron los cristianos con apretado cerco, y habiendo sido incendiados sus depósitos, se vieron en el trance de capitular en evitación de mayores desastres. Tras de Montefrío tomaron los cristianos el castillo de Addahha. Inmediatamente después atacó el rey cristiano á Sagra, de que se apoderó, y habiéndose hecho dueño de otras fortalezas cercanas, las abaste-

rey Católico para obtener la libertad de Boabdil, se lee, que este procuraría ganar la ciudad de Loja en cualquier poder que estuviese, por estar mejor á sus Altezas para la defensa de Alhama el ser dueños de ella. V. *Hist. de la Casa de Córdoba*, Ms. Y. 40 de la Bibl. Nac. f.º 169 v.º

ció de hombres, víveres y artillería con el propósito de poner cerco á Granada. Tomó entónces el rey de Castilla la vuelta á su reino, acompañado de su prisionero, al cual puso á los pocos meses en libertad, mandándole salir á los castillos de la Ajarquía, como en efecto lo hizo, dirigiéndose á Velez, cuyos habitantes se declararon por él. Desde allí mandó un emisario á las poblaciones cercanas diciéndoles era portador de un tratado de paz con el rey cristiano y prometiendo á todo el que se le sometiera que no sería inquietado por las hostilidades del enemigo, según expresa condición del pacto que tenía en su poder, firmado por el monarca castellano, el cual, en garantía de su observancia, había empeñado su palabra. Pocos ó ningunos dieron fé á estas promesas, si se exceptúan los habitantes del arrabal del Albaicín, que inmediatamente se alzaron por Abu Abdallah, aceptando la paz que les ofrecía, convirtiéndose en sus defensores y aun denostando con improprios é insultos á la gente de Granada, partidaria del Zagal, lo que fué parte para que se extremara la discordia y rivalidad de ambos bandos.

No satisfechos con esto, escribieron los del Albaicín al Emir Abu Abdallah haciéndole saber que luego que se presentase entre ellos con el tratado de paz, todos se alzarían en su favor y le reconocerían por su soberano.

En vista de esto dejó Abu Abdallah la Ajarquía y entró secretamente en el Albaicín con algunos de los suyos, en quienes tenía más confianza, y cuando era

menos esperado, sin que llegara á apercibirse su tío el Zagal ni nadie de la ciudad, y habiéndose dado á conocer, mandó se leyera el convenio con el rey cristiano en las plazas públicas del arrabal, prometiendo seguridad y protección á cuantos abrazaran su causa.

El pueblo de Granada, con todo, recordando su artera conducta en Loja, no dió crédito á sus palabras y se negó á aceptar la paz con que le brindaba. Fué la entrada de Abu Abdallah en el Albaicín el 16 de Xawal del año 891 (15 de Septiembre de 1486).

Su tío el Zagal, que se hallaba á la sazón en la Alhambra, se retiró á la alcazaba y comenzó la guerra civil, siendo asistido el sultán Abu Abdallah por el rey de Castilla, su aliado, con hombres, artillería, plata y oro, víveres, pólvora y otras muchas cosas, hasta tal extremo que, fortalecido el brazo de la rebelión y acrecentado su poder, se renovaron las hostilidades y siguieron sin intermitencia con más fiereza y encarnizamiento que nunca.

Este estado de cosas se prolongó hasta el 27 de Moharram del año 892 (22 de Enero de 1487), en que el pueblo de Granada con su sultán á la cabeza resolvió tomar por asalto el Albaicín, habiendo declarado previamente los ulemas que todo el que se aliara con los cristianos ó favoreciese con su asistencia sus propósitos de sojuzgar el reino ó secundase los planes del Emir Abu Abdallah, sería reo de rebelión contra Dios y su Mensajero.

Adoptada la resolución de apoderarse por la fuerza de las armas del Albaicín, convocó el Zagal á los ha-

bitantes de Granada y sus alfoces y les dijo: «La sangre y la hacienda de esa gente os pertenecen, pues habiendo ayudado á los cristianos, no merecen más que la espada.» Llamó también á los habitantes de Baza, Guadix y sus cercanías, previniéndoles que en el día convenido descendiesen del Fargue y atacasen la Puerta de Fajalauza, mientras los granadinos se abrirían paso por la Puerta de Hierro, la Puerta de Oneidir, el portillo de la Puerta de Caxtar, el portillo de Bibalbonud y la Puerta misma, el portillo del arrabal de Albaida y la Puerta de Adifáf. Llegado el momento del ataque, se dirigió una taifa desde la Bib Adifáf por la parte superior del rio Darro á la Puerta de Xomais, y otras taifas respectivamente á las puertas y portillos designados, todós á una misma hora. Pero Dios se apiadó de la gente del Albacín, pues habiendo acudido otras tantas taifas de sus habitantes á las puertas asaltadas, atacaron á las del Zagal y las pusieron en dispersión. Retirados los vendidos á la ciudad, barrearón las puertas y portillos que daban al arrabal asaltado. Á pesar de este descalabro continuó la guerra sin descanso entre las dos parcialidades, mientras el enemigo acrecentaba su poder.

Para atajar sus vuelos convocó el sultán de Granada á los jefes del ejército y alcaides de las ciudades de Baza, Guadix, Almería, Almuñécar, Vélez y Málaga y otros distritos, y habiéndose reunido en Granada, se comprometieron á obrar de común acuerdo contra los enemigos de su religión y á prestarse mútua asistencia, caso de ser atacados por los cristianos. Teme-

roso de este acuerdo el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Ali, lo puso sin dilación en conocimiento del rey de Castilla y salió con su campamento hacia Vélez, mandando su alguacil á Málaga y al castillo de Almoxia para atraer á su partido á los habitantes de estos lugares, notificándoles el tratado de paz concluido con el monarca cristiano y apercibiéndoles que, de no aceptarlo, provocarían su enojo.

Proclamáronle Málaga y el castillo de Almoxia y entraron bajo de su gobierno por temor al rey de Castilla y por su ardiente deseo de paz. No sucedió lo mismo con Vélez, pues, cuando los grandes de Málaga hablaron á sus habitantes y les explicaron los motivos que tenían para reconocer la autoridad del sultán Abu Abdallah, no quisieron hacer traición á los compromisos contraídos con la gente de Granada y con los otros musulmanes de Andalucía.

Por este tiempo se dirigió el rey de Castilla á Vélez Málaga, que se mantenía en la obediencia del Zagal, y la sitió el día 15 de Rebí 2.^a del año 892 (10 de Abril de 1487). Cuando llegó á Granada la noticia de esta excursión, reunió el sultán á su gente, y, como le pidiera parecer sobre lo que debería hacerse, se decidió que marchase en socorro de Vélez en cumplimiento de lo concertado con los alcaides de aquella plaza. En su consecuencia el sultán salió de Granada el 24 de Rebí 2.^a del año 892 (19 de Abril de 1487) á la cabeza de la gente de Guadix y de otras partes y de las fuerzas de las Alpujarras.

Cuando llegaron los musulmanes á la vista de Vé-

lez, la tenían ya sitiada los cristianos por mar y tierra. Habiendo acampado el ejército granadino en un monte cercano, atacó sin dilación á los enemigos con gran vigor, clamoreando sus gritos de guerra. Cuando los musulmanes iban avanzando, llegaron nuevas al Zagal de que su sobrino Abu Abdallah, dueño del Albaicín, había sido alzado por rey en Granada. Con este motivo los musulmanes aflojaron el combate y, antes de que la acción se hiciera general, retrocedieron en desorden. Conocida la revolución de Granada, retiróse el ejército á Guadix, y los cristianos, que habían levantado el asedio de Vélez para ir al encuentro de los musulmanes, comenzaron de nuevo las hostilidades contra la plaza, y habiendo tomado el arrabal por asalto, estrecharon el cerco. Viendo los de Vélez la resolución del enemigo de entrarles por fuerza de armas la ciudad, no abrigando esperanzas de socorro, pidieron capitulación, y, acordada que les fué, evacuaron la plaza el viernes 10 de Chumada 1.^a del año 892 (3 de Mayo de 1487).

El autor de las *Narraciones* refiere estos hechos de diverso modo que Almacari: «Cuando supo el Emir de Granada, nos dice, la llegada de los cristianos ante los muros de Vélez, convocó su ejército y dejando un cuerpo de tropas para combatir á la gente del Albaicín, salió en auxilio de la plaza sitiada el jueves 24 de Rebí 2.^a del año 892.»

«Hallándose cerca de ella, reparó que el enemigo, habiéndole tomado la delantera, la tenía completamente cercada. En su vista se dirigió al castillo de

Ben Tomiz, donde fijó sus reales, permaneciendo en él durante algunos días. Pero como sus soldados le instaran á que los llevase al encuentro del enemigo, puestos en orden de batalla, marchó sobre Vélez. Sucedió esto á la caída del día y habiéndole sorprendido la noche en el camino, se apoderó del ejército tal aturdimiento y sobresalto, que echó á huir sin dar vista al enemigo. Derrotados y dispersos se retrajeron los musulmanes á su campamento, donde pasaron el resto de la noche. Cuando amaneció, les trajeron la noticia de que la ciudad de Vélez había caído en poder de los cristianos. Por virtud de esto, y de la disolución de su ejército, cuyos soldados regresaron á sus casas, tomó el Emir Mohammed ben Saád la vuelta de Granada y, yendo de camino, le vinieron nuevas del alzamiento de aquella ciudad por el hijo de su hermano, Abu Abdallah Mohammed ben Ali, el cual se había posesionado de ella y dado muerte á los alcaldes, á quienes había encargado hostilizarle. Cuando oyó esto Mohammed ben Saád, retrocedió en dirección de las Alpujarras, de donde marchó á Guadix, en cuya ciudad entró con la gente de su séquito. Tuvo lugar el alzamiento de Granada el día 5 de Chumada 1.^a del año 892 (28 de Abril de 1487) y la toma de Vélez el viernes 10 del mismo mes y año».

Después de la rendición de Vélez, todas sus alquerías y las de la sierra de Ben Tomiz, juntamente con las poblaciones situadas al Oriente de Málaga, incluso la fortaleza de Comares, se dieron á los cristianos, los cuales, alentados con tantas victorias, pu-

sieron sitio á la capital, no obstante que, por haberse sometido al emir Abu Abdallah, se hallaba comprendida en el tratado de paz ajustado con el rey cristiano.

Sin querer hacer memoria de tal concierto acampó el infiel delante de Málaga, ámpliamente aparejado de toda suerte de municiones. Antes de este suceso, y á la sazón de tener puesto cerco á la ciudad de Vélez, mandó el pueblo de Málaga un presente al rey cristiano por medio de su alcaide, que era alguacil del sultán Abu Abdallah, con la mira de congraciarse con él. Acompañaba al alguacil el alcaide de Jeréz, que había caído cautivo cuando la derrota de los cristianos cerca de la ciudad; pero desentendiéndose el monarca castellano de aquellas muestras de rendimiento, persistió en su determinación, dando por toda excusa la de que Gibralfaro, fortaleza de Málaga, obedecía al sultán de Guadix. Embistió el rey cristiano la ciudad por mar y tierra; pero los habitantes la defendieron bravamente con las descargas de artillería, que disparaban desde sus fortificaciones, y con frecuentes salidas de su infantería y caballería. Prosiguióse el asedio con tan creciente vigor, como resistido con sin igual ardimiento y constancia; establecióse el bloqueo apretadamente por la parte de tierra con profundísimos fosos, muros de tierra, fuertes empalizadas y con nuevos bajeles por la mar, á fin de interceptar la comunicación de los sitiados con el exterior. A pesar de esto, habiendo logrado burlar la vigilancia de los cristianos un cuerpo escogido de morabitos, logró penetrar en la plaza y con su ayuda

se hicieron nuevas salidas contra los sitiadores y tuvieron lugar nuevas batallas. Pero el aproche de la artillería enemiga cerca de los muros, que les permitió hacer más certeros disparos sobre ellos, fué parte para que los sitiadores se hiciesen dueños de uno de los arrabales, desde donde se dominaban las avenidas de la ciudad.

Sintiose muy luego la escasez de provisiones y, transcurridos algunos días, viéronse obligados sus moradores á comer sus camellos, caballos, asnos, mulos, perros, cueros y hasta las hojas de los árboles. En tan extremada situación imploraron los musulmanes la ayuda de sus correligionarios; pero todo fué en vano; nadie acudió en su auxilio. El hambre comenzó á hacer sus estragos en la ciudad, cuyos más valientes defensores caían diariamente víctimas de su furor. Á pesar de esto el ardor de los malagueños no tenía igual y la más obstinada resistencia se oponía, como al principio, á los sitiadores. Al cabo, extenuados de trabajos, debilitadas sus fuerzas y perdida la esperanza de ser socorridos, pidieron capitular en los mismos términos que lo habían hecho otros lugares del reino; pero usando de ardid con ellos el rey cristiano, les entró la ciudad por astucia y engaño, cautivó á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños y, apoderándose de todas sus riquezas, las repartió entre su gente y sus capitanes. Fué su infortunio un infortunio tan grande que afligió todos los corazones, preocupó á todas las almas é hizo derramar copiosísimas lágrimas. La toma de Málaga, á que si-

guió la de todas las villas y lugares de su algarbía, tuvo lugar á fines de Xaban del año 892 (mediados de Agosto de 1487).

En el año 893 (1488) dirigióse el infiel á los castillos de la Ajarquía y de Vélez. En vano clamaron sus habitantes por la paz: sus súplicas fueron desoídas, y aunque todo este distrito se hallaba comprendido en las capitulaciones acordadas entre el Emir Abu Abdallah y el rey de Castilla, trataron los cristianos á sus moradores como enemigos y los redujeron á su obediencia sin combate, cerco ni fatiga, no quedando á los musulmanes lugar alguno en estas partes.

Terminada esta expedición, regresó el rey de Castilla á sus estados; pero en el mes de Recheb del año 894 (Junio de 1489) marchó al distrito de Baza y habiéndose ápodorado de la población de Múchar (léase Zújar) y de todas las fortalezas y castillos cercanos á la ciudad, le puso sitio.

Menesterosa Baza de hallarse bien guarnecida y provista de víveres, artillería, infantería y caballería, en la eventualidad de ser asediada por el enemigo, sabedor el Zagal de sus propósitos, reunió á toda prisa los contingentes de Almería, Almuñécar y de los distritos montañosos de la Alpujarra, con los cuales entró en la ciudad días antes de parecer los cristianos por ella. Una serie no interrumpida de combates sangrientos tuvo lugar entre sitiadores y sitiados, en los cuales llevaron los musulmanes la mejor parte, dando muerte á tantos enemigos, que, desesperanzados de

hacerse dueños de la plaza por asalto, retrajeron sus estancias lejos de los muros, con lo que pudieron los cercados entrar y salir de ella sin ser hostilizados. Así continuaron las cosas los meses de Reheb, Xabán y Ramadán (Junio, Julio y Agosto), durante los cuales las fuerzas musulmanas permanecieron acampadas fuera de la ciudad, rechazando siempre victoriosamente las embestidas del enemigo é impidiéndole el ap proche de su artillería y máquinas de guerra.

En el mes de Xawal (Septiembre) estrecharon los cristianos el asedio con una muralla de madera y un gran foso, guarnecidos de guardias y peones, con objeto de estorbar la salida de la ciudad á sus defensores y la entrada en ella á los que acudían en su auxilio ó les llevaban víveres. Con todo esto, y el haber logrado los sitiadores aproximar á la plaza sus ingenios de batir, salian los musulmanes por sus portillos y saltando por la muralla acometían á los cristianos en su propio campamento y en sus avenidas, haciendo en ellos gran matanza y apoderándose de las provisiones que les traian los suyos. En el mismo mes de Xawal y en los de Dulcada y Dulhicha (Oct. y mitad de Nov.) se empeoró la situación por haber escaseado las provisiones de toda clase. Habiendo examinado los jefes de la ciudad, á ocultas del pueblo, la cuantía de sus mantenimientos, echaron de ver que les quedaba para pocos dias. Á pesar de esto no desmayaron en la resistencia con la esperanza de que el enemigo levantaría el sitio á la aproximación del invierno. ¡Pero cuál no sería su sorpresa, cuando le vie-

ron labrar edificios para defenderse de sus rigores! El terror y la desesperación se apoderaron de los habitantes de Baza, resolviendo de común acuerdo sus cabeceras, sin que se apercibiera el pueblo, entrar en tratos y conciertos con los cristianos y ver de negociar una capitulación en los propios términos que lo habían hecho otros lugares.

En la creencia el rey de Castilla de que los sitiados se hallaban exhaustos de recursos y que su único objeto era recabar una avenencia ventajosa, acordó mandar á la ciudad á uno de sus magnates con el pretexto de conferenciar con ellos, pero en realidad con el fin de enterarse del estado de la plaza y participárselo á su soberano. Al tanto los jefes musulmanes de la intención del rey de Castilla, reunieron todas sus provisiones y las colocaron en los mercados por donde tenía que pasar el emisario cristiano, para que á su vista creyese que la guarnición podía aún mantenerse por mucho tiempo, cuando la verdad era que se hallaba grandemente apurada. La guerra ciertamente no es más que ardid y falacia. La estratagema produjo su efecto, pues engañado el legado por las apariencias, vino el rey cristiano en concederles cuanto le pedían. Esto, sin embargo, había de entenderse solamente con los habitantes de Baza; pero no con las fuerzas que habían ido en su auxilio de Guadix, Almuñécar, Almería y las Alpujarras, las cuales deberían ser expulsadas de la ciudad antes de firmar las capitulaciones. Rechazada esta condición, se suspendieron las negociaciones por algún tiempo, aunque

se convino al cabo en que, además de Baza, fuesen comprendidas en el concierto Guadix, Almería, Almuñécar y las Alpujarras, mediante las estipulaciones mutuamente acordadas, de las cuales algunas se hicieron públicas, manteniéndose las otras secretas. Los nobles tomaron dinero, procurando el provecho propio (1). Los cristianos dejaron ir libremente á Guadix con sus caballos, armas y equipo á los caballeros y peones que componían la guarnición.

El viernes 10 de Moharram del año 895 (3 de Diciembre de 1489) pusieron los alcaides de la ciudad á los cristianos en posesión de la alcazaba, sin que lo notara el pueblo, que luego al punto entró en su obediencia, y como ignorara los capítulos de la entrega, se le dijo ser condición del convenio que todo musulmán, que quisiera continuar en la plaza, gozaría de paz y de seguridad y el que prefiriera trasladarse á otro punto, podría hacerlo con sus armas y haberes. Sin embargo de esto los cristianos, temiendo un alzamiento, expulsaron poco después á los musulmanes de Baza, obligándoles á vivir en los arrabales.

(1) V. el *Asiento y promesa al Caudillo de Baza y Almería*, *Yahia Alnayar*, firmados por el Rey Católico en su Real, cerca de Almería á 23 de Diciembre de 1489, ap. Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo VIII, p. 407. El original de esta Capitulación se halla en el Archivo del Marqués de Corvera y fué publicado por D. Antonio Benavides en el Apéndice á su *Memoria sobre la guerra del reino de Granada*. V. *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VIII.

Nombró el rey de Castilla un alcaide y un juez para el gobierno de Baza y, habiéndola abastecido de toda suerte de municiones, se dirigió á Almería y su distrito, no encontrando en su camino castillo ó alquería que no se le rindiese voluntariamente. Días antes había partido el Zagal para aquella ciudad á fin recibir al monarca castellano, prestarle vasallaje y ponerle en posesión de todos los castillos, fortalezas y torres que estaban bajo su obediencia. Hecho esto, regresaron ambos soberanos juntos á Guadix, donde el Zagal hizo entrega al rey de Castilla de la ciudadela en 11 de Safar del año 895 (fines de Diciembre y principios de Enero de 1489), sometiéndose á seguida todo su distrito.

En un abrir y cerrar de ojos, sin combate, ni asedio, ni accidente, ni fatiga, pasaron á manos de los cristianos todos los dominios del sultán de Guadix, Mohammed ben Saád, desde las ciudades de Almería y Almuñécar hasta la alquería del Padul. En todas las alcazabas puso el rey de Castilla un fuerte presidio con un alcaide cristiano que gobernase á los habitantes de los pueblos sometidos, convertidos en mudéjares. Pero no se limitó el Zagal á esto; él en persona y los caballeros y alcaides partidarios suyos reconocieron la soberanía del monarca castellano y se brindaron á ayudarle en su empresa contra sus correligionarios los musulmanes. Con razón pensaban las gentes que el sultán Mohammed ben Saád y sus alcaides habían vendido todas las ciudades y alquerías, que se hallaban bajo de su obediencia, y tomado su precio en

venganza del hijo de su hermano, Abu Abdallah Mohammed ben Alí, y de los alcaides que le seguían, los cuales, reducidos á Granada y las alquerías de su término, no tardarían, á pesar de hallarse en paz con los cristianos, en caer en sus manos, desapareciendo el islamismo de toda la tierra de Andalucía. Por su parte el rey de Castilla, con ánimo de granjearse la voluntad de los arraeces y capitanes del Zagal, encargó á los suyos que les guardasen toda suerte de atenciones y miramientos y que fuesen con ellos largos de dádivas y presentes. En realidad el monarca castellano solo se proponía contar con su concurso para llevar á feliz término la reducción total del reino granadino, tan ardientemente codiciada por su corazón, que concluyó por violar el pacto ajustado con el sultán Abu Abdallah Mohammed ben Alí, apoderándose de las torres de la Malaha y de Alhendín, que eran dos grandes torres fortificadas, en las cuales, después de mejorar sus defensas, puso un fuerte presidio con abundantes municiones de boca y guerra, teniendo en cuenta que, por su proximidad á Granada, eran puestos avanzados importantísimos, llegado que fuese el día de ponerle sitio.

Durante este tiempo mostraba el rey de Castilla al sultán de Guadix la mayor amistad, aparentando ser fiel cumplidor de la capitulación pactada con él, á la vez que hacía correr falsos rumores sobre Abu Abdallah, á quien apremiaba, valiéndose de todas sus tretas y estratagemas, á la rendición de Granada. Es más; en el curso del mismo año de 895 le mandó

sus emisarios con la exigencia de que le hiciese entrega de Medina Alhambra, como lo había hecho su tío el Zagal de todos sus castillos y plazas fuertes. Ofrecíale en cambio grandes riquezas y la soberanía, á su elección, de una de las ciudades de Andalucía.

Pretenden algunos que el sultán de Granada fingió acceder á la demanda y que el rey de Castilla salió lleno de júbilo de su campamento, seguido de gran número de mujeres y muchachos, ávidos de esparcimiento, á tomar posesión de la Alhambra y de la ciudad de Granada en cumplimiento de los tratos secretos que existían entre ambos soberanos. Forjábase la ilusión de que no había de haber en ella quien se atreviera á cerrarle el paso.

Pero lo cierto es que, hecha la petición por el rey de Castilla al Emir Abu Abdallah de entregarle la fortaleza de la Alhambra, reunió el sultán á los jefes del ejército, á los alfaquíes y á los nobles y plebeyos y les dió cuenta de lo que pasaba y de cómo su tío el Zagal, al entrar bajo la obediencia del infiel, había hecho estériles las capitulaciones de paz que con él tenía ajustadas. «Á nosotros, añadió, no nos queda más que someternos ó apelar á las armas.» Convínose por la asamblea en hacer la guerra santa, pidiendo el cumplimiento de lo pactado hasta alcanzar la victoria ó morir en la demanda. Todos juraron solemnemente ser con su soberano una sola mano para combatir á los cristianos. Con este acuerdo salió el sultán de Granada á la cabeza de su ejército. Cuando llegó á noticia del rey de Castilla la resolución de los grana-

dinos, quedó contrariado y se entristeció grandemente.

Algún tiempo después el rey cristiano acampó con sus huestes en la vega de Granada y exigió á sus habitantes la rendición, apercibiéndoles, de lo contrario, con arrasar sus panes. Habiéndosele contestado negativamente, puso su amenaza por obra, interceptando los caminos y destruyendo los sembrados. Sucedió esto en el día 1.º de Recheb del año 895 (20 de Mayo de 1490). Acompañaban al ejército cristiano multitud de *mortadies* ó renegados de los castillos, alquerías y ciudades que se le habían sometido, á fin de conducirlo á los lugares desguarnecidos por los musulmanes, los cuales, capitaneados por sus alcaldes y por el mismo Emir, riñeron muchas batallas con los cristianos haciendo en ellos grandes estragos.

Persuadido el rey de Castilla de que por entonces no era posible apoderarse de Granada, después de demoler algunos fuertes, entre ellos el de Gabia, y reparar los castillos de Alhendín y de la Malahá, en los cuales puso guarnición, regresó á su tierra, «mordiéndose de cólera la punta de los dedos,» según gráfica expresión del autor de las *Narraciones*. Tuvo lugar esto á mediados de Recheb del mismo año.

Durante la ausencia del enemigo, el sultán de Granada atacó la alquería del Padul, de cuyo castillo se había posesionado el infiel, y, habiéndolo tomado por asalto, pasó á cuchillo á la guarnición, compuesta de cristianos y *mortadies*. De regreso á Granada le vinieron misivas de muchas de las alquerías de las Alpuja-

rras en demanda de auxilio para sacudir el yugo del infiel. Prometiolo el Emir y á fines de Recheb salió con sus tropas de Granada con dirección á la alquería de Lanjarón y á la Alpujarra, habiendo huido á su aproximación los presidios de cristianos y *mortadies* que había en varios lugares. Dirigióse á seguida al castillo de Andarax, donde con gran copia de *mortadies* se hallaba el Emir Mohammed ben Saád, el cual, luego que supo que se acercaba su sobrino, se refugió en la ciudad de Almería, con lo que muchos de los suyos se volvieron al campo musulmán.

Luego que cayó el castillo de Andarax en poder del sultán de Granada, tornaron las Alpujarras á su obediencia, así como las ciudades de Berja y Dalías, cuyas guarniciones huyeron. Puestos alcaides y presidios en todas las fortalezas, regresó el Emir Abu Abdallah á su capital á mediados de Xabán del año 895 (3 de Julio de 1490).

Poco tiempo estuvo el sultán de Granada en posesión de la ciudad de Andarax, pues en el primer tercio del mes de Ramadán (últimos de Julio), su tío, el Zagal, asistido de los cristianos y renegados, y sin ser parte á impedirlo su corta guarnición, volvió á recobrarla. Mientras tanto, y en 6 del propio mes (23 de Julio), el Emir Abu Abdallah ponía sitio á la alquería de Alhendín, defendida por un fuerte castillo y abastecida de muchas municiones, hombres y máquinas de guerra. Había hecho el rey de Castilla en torno de la torre principal y en ella misma tales obras de defensa, que á todos los que miraban su solidéz,

elevación y fortaleza, les parecían inexpugnables. Así lo creía también la gente de Granada. Sin embargo, después de batir sus muros, abrir brecha en ellos con la artillería y dar varios asaltos, en que muchos musulmanes sufrieron el martirio, lograron los sitiadores apoderarse de los tres primeros recintos y demoler las torres que los defendían, obligando á los defensores á retraerse á una muy grande, que era la ciudadela; pero habiendo sido también horadada y desportillada hasta el punto de amenazar desplomarse y sepultar á la guarnición en sus ruinas, se entregó á discreción en número de 180 hombres entre cristianos y *mortadies*, cayendo en manos de los granadinos todos sus víveres y máquinas de guerra. Dueño del castillo, regresó el Emir Abu Abdallah con su ejército á la capital el 11 de Ramadán (28 de Julio).

Habiendo hecho un llamamiento por público pregón al pueblo, grandes y chicos, nobles y plebeyos, para que se aprestase á ir contra Almuñecar, salió en dirección de esta ciudad el sultán de Granada con su ejército después de la oración del viernes 18 de Ramadán (4 de Agosto), arrasando en su camino la torre del Padul. Llegado al castillo de Salobreña, lo tomó por asalto con excepción de la alcazaba, que le ofreció seria resistencia, mediante haber sido reforzada la guarnición, compuesta de cristianos y *mortadies*, con tropas que le vinieron por mar de Málaga. Con todo, cercada por todas partes, cortada el agua á sus defensores y habiendo perecido de sed sus caballos y acémilas, se vió en grande aprieto y, á no dudar,

hubiera llegado á trance de rendirse, de no haber recibido los sitiadores la noticia de que el rey de Castilla había salido el 3 de Xawal (19 de Agosto) con su ejército en dirección de Granada. En vista de esto, y pasados que fueron tres ó cuatro días, levantó el Emir el cerco y regresó á su capital.

Apenas llegado á ella mostróse el enemigo en la vega de Granada, acompañado de buen golpe de *mortadies* y mudejares, que les servían de adalides. Después de una estancia de ocho días en ella, taló, no sin grandes pérdidas por su parte, los panes y las vias y arrasó las torres de la Malaha y Soto de Roma. De regreso á sus estados demolió el castillo de Alhau-sat, desde donde se dirigió á Guadix, de cuya ciudad expulsó á los mudejares, no quedando en ella ni en sus arrabales, dispersados como fueron por las alquerías comarcanas, ni un solo creyente.

Ordenó también por este tiempo la destrucción del castillo de Andarax y que fuesen lanzados de él los *mortadies* con su Emir Mohammed ben Saád, al cual no le quedó cerca del rey de Castilla rango ni estima. Desengañado con esto, resolvió marcharse á África, como lo hizo, y habiendo desembarcado en Orán con algunos de los suyos, pues muchos de ellos se quedaron en su tierra, se dirigió á Tlemecen, donde fijó su domicilio (1). Aún viven allí sus descendien-

(1) Después de la expulsión de los moros de Guadix y la destrucción de la fortaleza de Andarax por Fernando el Católico, Abu Abdallah Mohammed XII, el Zagal, se embarcó para

tes, siendo conocidos por los hijos del sultán de Andalucía. Dadas las anteriores disposiciones, marchó el rey de Castilla á las fronteras extremas de su reino con motivo de tener trabada guerra con los francos. Aprovechando su ausencia, se posesionó el sultán de Granada de Andarax en los últimos días del mes de Xawal (mediados de Septiembre), habiendo entrado de nuevo en su obediencia los lugares de aquella taha.

A la reconquista de Andarax siguió la del castillo de Purchena, cuya guarnición cayó prisionera, tornando á los musulmanes los habitantes de los lugares de este distrito. Por el mismo tiempo trató la gente de Fiñana de alzarse con la alcazaba; pero, teniendo noticia de su intento el alcaide cristiano de Guadix, cayó de improviso sobre ella traidoramente y ayudado de la guarnición, que descendió espada en mano del castillo, entró en la alquería por asalto, pasó á cuchillo á muchos de sus moradores y cautivando á los restantes, hombres, mujeres y niños, se los llevó consigo con cuantiosísimo botín.

Cuando los habitantes de las alquerías del Sened vieron la desventura acaecida á sus hermanos de Fi-

Africa, llegó á Orán y de allí marchó á Tlemecén, donde se estableció con su familia y servidumbre. Murió en aquella ciudad entre las dos oraciones de la tarde del miércoles de la nueva luna de Xabán, año de 899 (1494). (V. el epitafio de este monarca en la pág. 175 de la *Memoria epigráfica histórica sobre las tumbas de los Emires Beni-Zeyan*, descubiertas en Tlemecén por M. C. Brosselard, Paris, 1876.

ñana, temerosos de correr igual suerte, enviaron emisarios al sultán de Granada para que fuese en su auxilio con la gente de la ciudad y con acémilas á fin de conducir á ella sus ajuares y mantenimientos, como así lo hizo el día 13 de Dulcada (27 de Septiembre) del mismo año. De la alquería de Huéneja, donde estuvo unos días, trasladóse el sultán á la de Jérez, en la cual permaneció ocho, habiendo dado desde allí órdenes para que le mandasen de Granada y de los lugares inmediatos caballerías suficientes para transportar á ella los cereales de las alquerías de Guadix. Hecho esto, ordenó el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí que sus habitantes, hombres, mujeres y niños, abandonaran sus hogares y se retrajesen á Granada con sus ajuares, granos y animales. Había en estas alquerías tal cantidad de trigo, cebada y mijo, que no es posible calcular.

Habiendo llegado á noticia del Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí que se aprestaban los cristianos á invadir su territorio, regresó desde la alquería de Jérez á Granada, donde entró al anochecer del 23 de Dulcada del mismo año (3 de Octubre).

Cuando vieron los cristianos que los habitantes de las alquerías del Sened de Guadix las habían abandonado, ofrecieron seguro á cuantos regresaran á ellas, como lo hicieron desde luego muchos, fiados en su palabra, y más tarde casi todos, siendo contados los que quedaron en tierra musulmana.

En 12 de Chumada 2.^a del año 896, que corresponde á la segunda decena del mes de Abril de los cris-

tianos (22 de Abril de 1491), se dirigió el rey de Castilla á la vega de Granada á la sazón de verdear los panes, y después de estragar la tierra y asolar sus alquerías, marchó al valle de Lecrín é hizo lo mismo, matando y cautivando á sus moradores.

De regreso á la vega de Granada asentó sus reales en la alquería del Gozco, donde en pocos días labró un gran recinto murado, rodeado de fosos, á que llamó Santafé. Continuando su obra de destrucción demolió varias alquerías, disponiendo que sus materiales fuesen transportados en carretas á la ciudad que estaba edificando, cuya construcción él mismo inspeccionaba. Sucediáanse en esto combates tras combates entre musulmanes y cristianos, los cuales se apoderaron de las torres de las alquerías que rodean á Granada, sin más excepción que la de Alfacar, á la cual embistieron repetidamente y con porfía sus caballeros y peones, aunque sin más resultado que el de perder gran número de gente, defendida bizarramente, como estaba, por las fuerzas musulmanas, temerosas de que, posesionado de ella el enemigo y teniendo que abandonar las alquerías del monte, pusiera cerco á la capital. En vista de la tenacidad desplegada en su defensa por los granadinos y de las pérdidas sufridas por el enemigo, desistió de su empresa. Con todo, los encuentros entre musulmanes y cristianos se sucedían sin interrupción; unas veces en tierra de Alfacar, otras en la de Pulianas, otras en la de Maracena, ya en las de Tafia, Yamur, el Jaragüi, Armilla Aflum, el Rebite y rio de Monachil, ya en otros lugares próxi-

mos á Granada. En todos estos combates pereció la flor del ejército musulmán, quedando muchos de sus guerreros inutilizados por las heridas. Pero las pérdidas de los cristianos fueron el doble.

A favor de la obscuridad de la noche salían los peones granadinos á merodear al campamento infiel y emboscándose en los caminos, por donde conducían sus convoyes, los asaltaban, haciendo presa en sus caballos, mulas, asnos, vacas y carneros, hombres y otras cosas. Hasta tal punto llegó la abundancia de carne en la ciudad, que un arrelde se compraba por un dirhem. Prolongóse la guerra aun por espacio de siete meses entre ambos ejércitos con tantas pérdidas de una y otra parte, que al cabo de ellos había perecido en el campo de batalla la inmensa mayoría de la caballería é infantería musulmana. En este tiempo retiróse á las Alpujarras la mayor parte de los vecinos de Granada, preocupados con el hambre y el temor al enemigo. Los caminos, que ponían en comunicación á esta ciudad con las Alpujarras, iban por la Sierra Solera (Sierra Nevada). Por ellos eran conducidos á Granada toda suerte de artículos de comer, como trigo cebada, escandía, aceite, pasas y otros muchos frutos y mantenimientos. Debilitábase y empequeñecíase, sin embargo, la ciudad en hombres y víveres. Llegado el mes de Moharram del año 897 (Noviembre de 1491) comenzó el invierno y, habiendo caído nieve sobre la Sierra, interceptó los caminos de las Alpujarras, con cuyo motivo se apocaron las provisiones en los zocos de Granada, aumentóse la carestía, murie-

ron muchos de hambre y creció el número de mendigos. Mientras tanto, reposaba el enemigo en su ciudad y campamento y proveíase de las cosas necesarias para su sustento, viniendo á ser de día en día la condición de los sitiados más penosa y desesperada, por no serles dable salir á la vega para labrar y sembrar. En este tiempo cesaron las hostilidades de ambos ejércitos.

Cuando entró el mes de Safar del año referido (Diciembre de 1491) se empeoró hasta tal punto la situación del pueblo á consecuencia del hambre y de la mengua de provisiones, que muchas personas acomodadas sintieron sus efectos. En vista de estado tan doloroso, reuniéronse los dignatarios principales de la corte y la gente del común con los alfaquíes, alamines, jeques, alarifes, los caballeros que aún quedaban del ejército y cuantos tenían autoridad en Granada, y habiendo comparecido ante el Emir Mohammed ben Alí, le hicieron presente la situación del pueblo, la estrechez en que se hallaba, los horrores del hambre y la poquedad de las subsistencias. Manifestáronle que la ciudad era tan grande, como menguados sus mantenimientos; que el día no lejano en que se consumiesen, no era posible renovarlos, estando, como se hallaban, intransitables los caminos de las Alpujarras, de donde les venían las provisiones y las frutas; que la flor de los caballeros había perecido ó quedado inutil á consecuencia de sus heridas; que ya no podían contar con los frutos y cereales del campo; porque la gente dedicada á su cultivo había sucumbi-

do en los combates; que de sus hermanos, los musulmanes de Africa, no había acudido ni uno en su auxilio. En cambio, añadieron, el enemigo ha labrado una ciudad y vive cerca de nosotros; sus fuerzas se aumentan, mientras las nuestras disminuyen; á él vienen socorros de su tierra, en tanto que nosotros no recibimos ninguno. Estamos ahora en la estación del invierno y, hallándose divididas y debilitadas sus fuerzas, ha suspendido las hostilidades. Si entramos ahora al habla con él, nos escuchará y concederá lo que le pidamos; pero si nos mantenemos en el estado en que estamos hasta la estación de la primavera, reunirá sus ejércitos y no pudiendo oponerle más que nuestra debilidad y flaqueza, se negará á nuestras demandas y quedaremos sin seguro nosotros y nuestra ciudad, de la cual han desertado muchos que conducen al enemigo sobre nuestras emboscadas y les sirven de exploradores. Contestóles el Emir Mohammed: «Resolved lo que os parezca y tomad el partido que convenga más á vuestra salud.» En un pensamiento nobles y plebeyos, acordaron mandar embajadores al rey de los cristianos. Entonces se dió comienzo á las negociaciones y se convino en ajustar una capitulación en los mismos ó parecidos términos á la de Guadix con algunos artículos adicionales, como el de que el señor de Roma garantizara la estricta observancia de todos y cada uno de los que se acordasen, antes de que fuesen puestos los cristianos en posesión de la Alhambra y de las otras fortalezas y castillos de la ciudad, y de que el rey de Castilla se obligara bajo de

juramento, prestado según fórmula de su religión, á cumplir fielmente lo que se pactase.

Muchos del común creyeron que el Emir de Granada, su alguacil y sus alcaldes habían convenido previamente con el rey cristiano la entrega de la ciudad; pero que, temerosos de las iras populares, emplearon la estratagema de reservarse el concierto, hasta que al cabo vino el pueblo á pedirles lo mismo que ellos tenían ya pactado. A esto se debió la suspensión de las hostilidades en aquellos días.

Llegados los legados á la presencia del rey cristiano, lo hallaron con tantos deseos de avenencia, que accedió á cuanto le pidieron, sin más excepción que la de que el Papa garantizase lo capitulado, pues se dice que, cuando vino el momento de discutir este artículo, ganaron lo cristianos á los emisarios musulmanes dándoles una cantidad considerable de dinero á fin de que se hiciera caso omiso de él.

De los 67 artículos, que comprendía la capitulación, los principales fueron los siguientes: seguridad para sus personas, mujeres, hijos, animales, campos cultivados, jardines y tierras labrantías y cuanto fuese de su pertenencia; que pudieran continuar viviendo en sus lugares, casas, habitaciones y domicilios; que se les mantendría en su Xara (ley religiosa), por la cual y no por otra alguna serían juzgados; que las mezquitas y los bienes de su pertenencia se conservarían en el mismo estado en que estaban; que ningún cristiano entraría en casa de los musulmanes ni les haría fuerza; que no les serían designados por goberna-

dores ningún musulmán ó judío que no hubiere ejercido antes cargos públicos por nombramiento del sultán; que serían puestos en libertad los cautivos hechos en la guerra de Granada, con especialidad los nobles y jefes designados expresamente en la capitulación; que los cautivos musulmanes, que hubieran logrado escaparse de las manos de sus dueños y refugiándose en Granada, no les serían devueltos, obligándose el rey á reintegrarles su precio; que á los que quedasen en Granada no se les impondrían más tributos que el azaque y el diezmo; que quien quisiera salir de ella, podría vender sus bienes en el precio que á bien tuviese, sin fraude ni engaño, á cristianos ó musulmanes; que el que se resolviera á pasar á África, podría igualmente enagenar su hacienda y llevarse sus alhajas, siendo conducido por las naves del rey al punto que deseara de tierra musulmana, sin tener que pagar flete (1) ni cosa alguna por el tiempo de tres años; que espirado este plazo, el musulmán, que quisiera emigrar, daría, además del flete, el diezmo de lo que llevase; que nadie podría ser preso por delito ajeno; que no se forzaría al que hubiese abrazado el islamismo á hacerse nuevamente cristiano, y que si algún musulmán se hubiese cristianizado, se le darían algunos días de plazo para que lo meditase y, transcurridos que fueran, comparecería ante un juez musulmán y otro cristiano, y si se nega-

(1) Así lo dice el autor anónimo en armonía con nuestros cronistas. En Almaccarí se lee que tenían que pagarlo.

se á volver al islamismo, sería mantenido en su resolución; que no se castigaría al musulmán que durante la guerra hubiera muerto á algún cristiano, ni se le quitarían los despojos alcanzados en ella; que los musulmanes quedaban horros del alojamiento de tropas cristianas y que no serían compelidos á prestar el servicio de bagages contra su voluntad; que no se les aumentarían los tributos establecidos y que se les alzarían los que con marcada injusticia se les habían recientemente impuesto; que ningún cristiano se subiría al muro para atalayar las casas de los musulmanes, ni se le permitiría entrar en ninguna de sus mezquitas; que los musulmanes podrían discurrir libremente por tierra de cristianos con seguro de sus personas y bienes; que no les pondrían señales, como lo hacen con los judíos y mudéjares; que no se les quitaría el almuédano, ni serían interrumpidos en la zalá, ni se les vedaría ninguna de las prácticas de su religión; que se castigaría á quien se mofase de ellos; que durante dos años cumplidos no pagarían tributo; que el señor de Roma garantizaría con su firma la capitulación (1),

(1) Que este artículo de la capitulación, de que se hace caso omiso en el original castellano, que se conserva en el archivo de Simancas, fué realmente acordado y concertado, es evidente, pues en una minuta que se conserva en dicho archivo, entre las peticiones que hizo á los Reyes Católicos el alcaide Bexir en nombre de Boabdil, se lee: «Primeramente suplica á Sus Altezas quel previllejo que se dió al Rey é á los moros, é las capitulaciones, supliquen Sus Altezas á nuestro Santo Padre que lo confirme *como en ello se asentó*. Sigue un decreto al margen,

con otras condiciones semejantes que se omiten en gracia de la brevedad.

Acordadas estas capitulaciones y garantida su fiel observancia, mediante el juramento que, según su religión, exigieron los legados musulmanes al rey de Castilla, tomaron la vuelta de Granada, donde fueron leídas al pueblo, el cual le dió su asentimiento, sometiéndose y proclamando por su rey al monarca cristiano, á quien se hizo saber podía ir á tomar posesión de Medina Alhambra y de Granada.

Habiendo mandado evacuar el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí la ciudad de la Alhambra y sus palacios, alcázares (1) y sitios de recreo, quedó aguar-

que dice: *Que les place.*» V. Salva y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo VIII, p. 437.

(1) Según se lee en Almacarí (*Analectes*, tomo II, 2.^a parte, p. 798), el tesoro de la casa ó palacio Nazarita era copioso en toda suerte de preciosos rubies, perlas de gran tamaño, zomordas singularísimas, turquesas de gran valor, toda suerte de adargas preservativas, equipos militares defensivos, armas cortantes, instrumentos primorosos, utensilios peregrinos, collares de perlas en pedazos; sartaes de aljófares para los cabellos, arracadas, que aventajaban á los alcordes ó pendientes de María (la Copta, concubina de Mahoma) en claridad, brillantez y hermosura; espadas, únicas por su invención y raras á maravilla, de bien templadas hojas, con su marca peculiar y exornadas de oro purísimo; poderosas lorigas de malla, de apretado tejido, que preservan á los guerreros en el día del combate, y cuyo preclaro crigen se remonta á David, el enviado de Dios (según se lee en el Alcorán, á él se le debe la invención de la cota de malla); corazas holgadas de vestir, adornadas de oro, de fábrica indiana, con sobrevestas de brocado; cascos con orlas doradas, incrusta-

dando la entrada de los cristianos para tomar posesión de ellos.

El día 2.º de Rebí 1.ª de 897 (2 de Enero de 1492) llegó el rey de los cristianos con sus huestes cerca de la ciudad, desde donde mandó un ala de su ejército para que tomase posesión de la Alhambra. La causa de haberse quedado el rey de Castilla con la mayor parte de sus gentes extramuros de Granada, fué el andar temeroso de alguna traición de los musulmanes, á los cuales había pedido rehenes para su seguridad. Luego de hechas las capitulaciones, y ha biéndosele entregado hasta quinientos de las personas principales de la ciudad, los mandó aposentar en sus reales. Cuando estuvo en posesión de los rehenes, se acercó el rey cristiano á la ciudad y viendo en la quietud de sus habitantes que no había motivo de recelo, dispuso que entrasen sus tropas en la Alhambra, como en efecto lo hicieron en grandes muchedumbres.

das de perlas é intercaladas de esmeraldas con rubíes en el centro; cinturones plateados, anchos de forma y esmaltados en su superficie; adargas de ante, sólidas, sin poros, dulces al tacto y renombradas por su impenetrabilidad; arcos, sin mezcla de color, semejantes en su forma á una media luna, de costados en curva, que afrentan á las pestañas y aun á los preciadísimos instrumentos de cuerdas de cobre; alminbares de abalorio; ataifores de Damasco, cuentas de cristal, zafas de la China, copas grandes del Irac, vasos de Tabaxir y otras muchas cosas que ni es posible describir ni numerar.» Y aunque con ocasión de los disturbios y revueltas civiles todo este tesoro vino á menos, aun debía de quedar mucho de él el día en que Boabdil evacuó sus alcázares de la Alhambra.

A seguida hizo abastecer aquella fortaleza de gran cantidad de víveres, pólvora y artillería y, habiendo dejado en ella á uno de sus alcaldes, regresó á su campamento. Desde aquel día no cesó de enviar municiones de boca y guerra á la plaza y cuanto creyó necesario. Nombró alcaldes, almocadenes, jueces y porteros para el gobierno de la ciudad y cuanto había menester para el despacho ordinario de los negocios del común (1). Los musulmanes iban al campa-

(1) *Título de la cibdad.* Las personas nombradas por los Reyes Católicos para el regimiento de la ciudad fueron: el Cadí Mahomad ben Abdilmet, el Chorrut.—Cadí Mahomad el Pequenní, almotacén.—El alfaquí Yusuf el mudéjar.—El alfaquí Mahomet Fat.—El Hatib de Axares Adulhazis.—El Hatib del alcazaba Mahomad Hadera.—El Hatib Farax el Bastí.—El alfaquí Hamete el Pequenní.—Hamete Abenzulema.—Abulcasin el Guadixí.—Hamete el Comayhe.—Bexir el Gibis.—Ali Aben-naser.—Adulhaid el Mugerí.—Yaya el Xarif.—Hamet Azafar.—Hamet Abulfat.—Mohamad el Guadixí.—El alfaquí Aben Codba del alcazaba.—Zaad Afin.—Abraen el Caicí. El nombramiento del guardasellos se lo reservaban Sus Altezas. Los escribanos del Ayuntamiento fueron: los regidores Juzuf el Mudéjar y Mahomad el Guadixí. Los almoharriques ó porteros fueron los seis siguientes: Filel.—Dayon.—Farax Demen.—Yuzuf Alhayrasi.—Farax Gamon y Ayaguy. Trujaman ó intérprete: El Xarafi. Legados de la ciudad: el regidor Mahomad el Pequenní y otro cristiano. Procuradores: los alguaciles Mahomad Aduladin y Mahomad ben Alascar. Almotacén: Mahomad el Pequenní. Veedores de la limpieza: Yahia el Festelí y su hijo Alanjaroní. Los visitadores serían los nombrados el primer día de sesión por el Ayuntamiento. V. *Minuta de lo tocante al asiento que se dió á la ciudad de Granada por los Reyes Católicos acerca*

mento á vender y comprar, como lo hacían los cristianos.

Cuando supieron los habitantes de la Alpujarra la rendición de Granada, enviaron emisarios al rey de Castilla, acogiéndose á la capitulación y declarándose sus vasallos. Ni un solo lugar quedó á los musulmanes en toda la Andalucía.

Después de esto, dejó el rey de Castilla en libertad

de su gobierno, ap. Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo VIII, p. 469 y siguientes. En el propio documento se lee:

El mayordomo de la ciudad y los contadores serían nombrados el primer día de ayuntamiento. Lo fueron como Alamines de los gremios las personas siguientes: de la alquercería, Abulcasín el Guadixí; de los especieros, Alí ben Asir; de los zapateros, Mahomad Gebali; de los tejedores de seda, Halhaje Abendafer; de los algodoneros, Mahomad el Guadixí; del Zacatín, Mahomad Alhaja Guey; de los correeros, Mazalén Abu Mazulén; de los silleros, Mahomad el Merini; de Alcaxaxín, Mahomad Zagradín; de los lineros, Mahomad Haquem; de los aceiteros, Isac Halaguey; de los plateros, Mahomad Alahal; de los corredores, Abraen Alabar; de los herreros, Mahomad el Motrili; de los carpinteros, Yuzaf el Mudejar; de los olleros, Abulcacín el Bejarí; de los cebadores y harineros, Mahomad Alhaycín; de los panaderos Zúiden Alhaytín; de los timbreros, Ismael Hacab; de los esparteros, el Mozo; de los hortelanos ó berceros, Abenreduán é el Mocanar; de los carniceros, Hamete Abenreduán; de la pescadería, Alí Alfasar; de la gallinería, Alí el Moradi; de los herradores, Abraen Alhabrache. Los Alarifes fueron: de los albanies, Hamete Alanjaroní; de los que llevan los cargos, el Gazi; de los cargadores de pan ó pregoneros, Mahomad Alaze-raqui; de los horneros, Hucey el hornero.

á los rehenes que tenía, asegurados en sus bienes y personas y colmados de honras y agasajos.

Disipados sus temores, acercóse á Granada, y dejando su hueste en las afueras, subió á Medina Alhambra con parte de sus privados, esparciéndose en ella y en sus alcázares y excelsos sitios de recreo hasta que feneció el día, hora en que regresó con sus tropas al campamento (1). En la siguiente mañana co-

(1) Por alcázares han de entenderse las tarbeas ó cuabras de que constaba la *Casa Real de la Alhambra* y las de las torres de su recinto murado, pues el vocablo *Kasr*, alcázar, además de su significación ordinaria, tenía la de pabellón, departamento ó sala de un palacio, como acaecía, según se lee en Almacarí, en la residencia real de los Califas de Córdoba y en el maravilloso alcázar de Medina Azahra. Sobre el valor de la voz *kásr*, v. Dozy, *Gloss. al Idrisi y Suppl. aux dict. arabes*, s. v. En cuanto á los excelsos sitios de recreo, evidentemente alude el cronista musulmán á los palacios del Generalife, Darlarosa y los Alijares, situados todos ellos en sitio eminente, dominando, como dominaban, los dos primeros el valle del Darroy el tercero el del Genil, y desde los cuales se descubrían respectivamente los llamados Daralhorra, Axares, Ainadama, Daraluet y Daralbaida, citados por Andrés Navagiero al fol. 27 v.º de su *Viaje en España y Francia*, Venecia, 1563, y además los intitulados Alcázar Xenil, Dara Seid, Darabenal (donde estaba el llamado de los Ansares) y las almunias ó jardines de recreo de las reinas moras, Daralbaida (en la calle de los Solares), Daralhorra en las huertas de Almanjara (Cuarto real de Santo Domingo), Geninalcadí, Genin Aljof, Genin Cidi Mocliz, Genin Cidi Hamet, Genin Alfarés, Genin Bibataubín y Daralsaida. V. sobre estos sitios de recreos á Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la hist. de España*, t. XI, p. 543, el Archivo de Hernando de Zafra, Leg. 51, y el Municipal de Granada.

menzó á hacer en la Alhambra y en sus alcázares y muros las obras de reparación, de que andaban necesitados, á fin de afirmarlos, fortalecerlos y mejorar sus construcciones (1); mandó que se abriesen calzadas, y fué tal su solicitud en esto, que diariameate iba á la Alhambra, regresando al anochecer á sus reales. Así lo siguió haciendo hasta que se aquietó su espíritu del temor de una perfidia de los musulmanes. Entonces entró en la ciudad y dió una vuelta por ella asistido de su gente y comitiva (2).

(1) Es de notar, que pocos días después de la célebre batalla de la Higuera, en que el rey D. Juan el II derrotó en la vega de Granada al ejército del Emir Mohammed Alaisar, se sucedieron con repetición grandes terremotos en ella, «é lo que más había en que reparar, dice á este propósito Pulgar, fué el ver con los temblores caerse algunos pedazos de las murallas de la Ciudad». V. Pulgar, *Tratado de los reyes de Granada y su origen*, en el t. XII del *Semanario erudito*, p. 112. Mucho debieron quebrantarse con estos accidentes los muros de la Alhambra y de los alcázares y palacios aledaños de recreo, pues entre los curiosísimos documentos que se conservan en el Archivo de Simancas referentes á Granada, se registra una libranza de 373. 266 mrs. en favor de Fr. Juan de Hinestroza, que los había gastado de sus bienes en las obras de la casa del Generalife, en los Alijares y casa de la Novia (Darlarosa).

(2) Aunque el ejército de los Reyes Católicos durante el cerco y toma de Granada constaba de doce mil caballos y cuarenta mil infantes, no parece que acompañase todo él á sus Altezas el memorable día de su entrada triunfante en la ciudad morisca; pero como estuviera acaso en sus miras hacer alarde de sus fuerzas para infundir terror y mantener en la obediencia á aquella gente levantisca, de quien andaba el rey D. Fernando

Una vez tranquilo en ella, dejó en libertad á los musulmanes de pasar al África y puso á su disposi-

grandemente receloso, acordó llevar de cortejo á la mayor y más granada parte de sus huestes, con sus insignes y renombrados capitanes al frente. Formaban la delantera del ejército castellano el Alcaide de los Donceles, la gente del Duque de Alburquerque y los Mariscales con uno de los Alcaldes. En la vanguardia iban el Maestre de Santiago con los caballeros de su orden y casa y la Hermandad, y en sus alas derecha é izquierda respectivamente los contingentes de los Duques de Plasencia y de Medinaceli. Arreo marchaba el Marqués de Cádiz con la gente de Gonzalo Mexía, figurando como jefes de la tercera batalla los famosísimos Conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar. Componían la cuarta la gente del Arzobispo de Sevilla con las de Pedro de Vera y el Alcaide de Morón; la quinta la del Duque de Medina Sidonia y Pedro de Vera, pareciéndose como cabeceras de la sexta y séptima el maestre de Calatrava y el Conde de Cabra, seguidos de la gente del Cardenal D. Pedro González de Mendoza, que componía la octava batalla. Mandaba la novena el Duque de Nájera, yendo por cabecera de la décima el Conde de Benavente, el Alcayde de Atienza y D. Álvaro de Bazán. Las fuerzas de la Batalla real, compuesta, como la delantera, vanguardia, segunda, tercera, sexta, séptima y octava batalla, de infantería y caballería, la formaban un buen golpe de lanzas y nutrida cantidad de peones gallegos, asturianos, vizcaínos, guipuzcoanos y montañeses, figurando respectivamente en las alas los contingentes de Sevilla y Córdoba. Daban cortejo al guión cuatrocientos caballeros continuos y gente de Corte de sus Altezas, con doscientos de Jeréz y correspondiente dotación de infantes, encargados de la custodia y guarda del fardaje. Finalmente, formaban la zaga ó retaguardia Francisco de Bovadilla con la gente de Jaén y Andújar y Diego López de Ayala con la de Úbeda y Baeza. La artillería, que entró en Granada por distinto camino que el rey, escoltada por

ción naves en la costa. Cuantos optaron por la emigración, vendieron sus bienes, tierras de labor y casas, habiendo habido alguno que enajenó una grande, amplia y de subida estima en muy bajo precio. Lo propio acaeció con los jardines, tierras, campos de labor, cármenes y fadanes, los cuales llegaron á darse por menos de lo que rentaban al año. Compraban estas fincas, ora los musulmanes, que habían resuelto vivir en Granada, ora los cristianos. Lo que acaeció con los predios rústicos y urbanos, sucedió con los instrumentos de labor y mercancías.

Habiendo dispuesto el rey de Castilla que los emigrantes marcharan á la costa con cuanto tenían, los llevaron los cristianos por mar al punto de su destino, honrados y seguros.

Durante este tiempo otorgó el rey de Castilla á los musulmanes tantos favores y atenciones, que celosos de ello los cristianos, les decían: «Más glorificados y honrados que nosotros estáis vosotros ahora por nuestro rey». Y con efecto, les dispensaba los tributos y les administraba justicia, aunque todo era artificio y engaño por su parte, pues lo que en realidad

gran número de escuadrones y peones, iba mandada por ilustres y renombrados capitanes, entre los cuales éranse de notar el Maestre de Alcántara, el Conde de Feria y sus cuñados, Martín Alonso, el Alcaide de Soria, Henao y Lope Hurtado. V. *Relación de la gente que entró en Granada con su alteza y como han de yr las batallas*, p. 49 y siguientes de la obra intitulada *Documentos escogidos del archivo de la casa de Alva*, publicados por la Duquesa de Berwick y de Alva, Condesa de Siruela. Madrid, 1891

se proponía era retenerlos en su tierra y que no se marchasen. Ante esta conducta del rey de Castilla, creció la esperanza en el pueblo y en la creencia de que sería duradera, resueltos á vivir con los cristianos, compraron toda suerte de bienes á buen precio (1).

(1) La relación que trae el autor de las *Narraciones* de esta conducta del rey Católico, concuerda casi á la letra con la del Imán el Wanxerisi, donde se lee: «Hasta tal punto mostró á los musulmanes su solicitud y respeto, que celosos los cristianos les decían: más ensalzados y honrados que nosotros, lo estáis vosotros por nuestro rey. Y en efecto, les levantó los tributos, si bien con dolo y falsía, pues su objeto no era otro que el de engañarlos y retraerles de que emigrasen. Despertó esto gran avidez entre las gentes y en la creencia de ser todo verdad y no fraude, muchos de los que se quedaron compraron por ruín precio grandes posesiones á los que se fueron». V. *Vida de Aben Iyyadh*, Ms. ar. n.º 36 de la Bibl. de la Real Academia de la Historia, p. 35.

Que el proceder noble y generoso del rey D. Fernando con sus nuevos súbditos no merecía la dura calificación que hacen de él los cronistas musulmanes, lo demuestra, bien paladinamente por cierto, el observado á ejemplo suyo por los gobernadores de Granada y de las otras partes de su reino, como se declara en la minuta de carta de Hernando de Zafra á los Reyes Católicos, escrita, á lo que parece, en 9 de Diciembre de 1492, en que se lee: «Los abencerrajes llevaron sus mujeres al Alpujarra; después de haber vendido aquí todas sus haciendas; aderezan para partir en fin de Marzo, y á mi ver toda la más de la gente hacetalegas para partir para este tiempo. Y crean vuestras Altezas que, venido el verano, no quedarán aquí, ni aun creo que en el Alpujarra, sino labradores y oficiales, que, á lo que veo, todos los más están de camino; y no por malas obras que reciban, *que creo que nunca gente se trató mejor desde que el mundo*

Después mandó el rey de Castilla al Emir Moham-
med ben Alí, que continuaba en Granada (1), se

es mundo». V. Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de Doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo XI, p. 503 y 504.

(1) Boabdil continuó en Granada bastante tiempo después de la rendición de la Ciudad. Pero como su estancia en ella molestase á los Reyes Católicos, le mandaron retirarse á Andarax (hoy Laujar), capital de la taha del mismo nombre. Carece en absoluto de fundamento la anécdota que el viejo morisco, que acompañaba á Fray Antonio de Guevara, le contó, yendo camino del Valle de Lecrín, al llegar al collado conocido de los nuestros por el *Suspiro del Moro* y por los moriscos con el nombre de *Fech Allah Akbar*, que reprodujo Marmol Carvajal en esta forma: «Hecha reverencia al Rey Católico, caminó Boabdil con su familia la vuelta de la Alpujarra, y en llegando á un viso que está cerca del lugar del Padul, que es de donde últimamente se descubre la ciudad, volvió á mirarla, y poniendo los ojos en aquellos ricos alcázares que dejaba perdidos, comenzó á suspirar reciamente y dijo: Alabaquibar (*Allah Akbar*, Dios es grande), que es como si dijésemos: *Dominus Deus Sabaoth*, Poderoso Señor, Dios de las batallas; y que viéndole su madre suspirar y llorar, le dijo: Bien haces, hijo, en llorar como mujer, lo que no fuiste para defender como hombre. Después llamaron los moros aquel viso el Fex de Alabaquibar, en memoria de este suceso.» V. *Hist. del Reb. y cast. de los Moriscos*, lib. I, cap. XX.

Antes que el cronista del Emperador Carlos V, Obispo de Guadix y después de Mondoñedo, se aplicara á componer sus *Epistolas Familiares*, y diera posada en ellas con el mayor candor al cuento del viejo morisco, un continuador de la *Crónica de los Reyes Católicos* de Pulgar habia escrito lo siguiente: «Este día (el de la entrada en Granada de los Reyes Católicos) fizo el Rey moro dos actos de tristeza; é fueron, que tienen por costumbre los Reyes Moros quando pasan algún rio

marchase á Andarax, una de las alquerías de las Alpujarras, como así lo hizo, llevándose consigo á su

de poca agua, que los caballeros Moros le cubren los pies é los estrivos con los suyos, é él no lo quiso consentir; é quando suben alguna escalera, dexan los alpargates, é gelos lleva el más principal Moro que allí está, lo qual él no quiso consentir. É como fué á su casa, que era en el Alcazaba, entró llorando lo que había perdido: é díxole su madre que pues no había seydo para defenderlo como hombre, que no llorase como mujer.» V. Pulgar, *Crón. de los Reyes Católicos*, cap. CXXXIII, pág. 375, 1.^a col. ed. de Monfort, Valencia, 1780.

No otra calificación merece lo que se lee con ocasión semejante en otro continuador de Pulgar, (Ms. de la Bibl. Nacional, G. 72); «El rey Chiquito tenía consigo á su madre, que se decía Ceb (sic), de nación cristiana, y fué captiva quando los Moros robaron á Cieza, que es una villa del reino de Murcia, y como al tiempo era chiquita, con halagos y otros medios tornose mora, y salió de buen gesto y mujer de bien, y el rey Muley Buazen casó con ella, por que entre los moros era esto tenido en mucho que el rey ú otro cualquiera caballero pudiese casar una doncella que de cristiana tornase mora. De este casamiento nació el rey Chiquito y esta reina era de grande y valeroso ánimo y contradecía con toda posibilidad que el rey Chiquito, su hijo, entregase el reino á los Reyes Católicos y se concertara con ellos, antes era su deseo que esperase la fortuna posterera ó muriese rey, y por esto el rey Chiquito se guardaba que su madre supiese que él trataba con los Reyes Católicos de entregales el reino. Que concluída ya la capitulacion, como está dicho, lo supo la reina, su madre, y disimuladamente se dice que le tomó por la mano y le entró á la torre de Comares, que es el lugar donde más se descubre la grandeza de Granada, y después de haberle traído á la redonda por la torre y echados entrambos de pechos y entre dos almenas, le dijo: Mira qué entregas, y acuérdate que todos tus pasados murieron reys de Granada y que el reino acaba en tí.»

familia (1), servidumbre, riquezas y criados. Fijada allí su residencia, esperó lo que se le ordenase (2). Pasado

(1) Menos á los Infantes Yúsuf y Ahmed (Mohammed, según el Wanxerisi), hijos de Boabdil, á quienes, recelosos de un alzamiento de los naturales de la tierra, mientras el reyezuelo granadino permaneciese en ella, retuvieron los Reyes Católicos á su lado, pues yo encuentro en la *Minuta* de peticiones á los monarcas castellanos por el Alcaide Bexir, en nombre de su amo, residente á la sazón en Andarax, la interesantísima siguiente: «Item suplica á sus Altezas que, despachado lo de Granada, mande enviar á los Infantes para que se estén con él en Andarax ó que los mande pasar allende.» *Traslado de lo que pide el Alcaide Bexir en nombre del Señor Rey Muley Audili, fiijo del Rey Cidizad* (sic). V. Salvá y Sáinz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Historia de España*, tomo VIII, pág. 437. Hay un decreto al margen que dice: «Que se pornan en libertad.»

(2) Para distraer sus ocios y dar esparcimiento á sus penas andaba Boabdil, desde su arribo á Andarax, ocupado constantemente en la caza conalcones y galgos. «Hoy, dice Hernando de Zafra en carta á los Reyes Católicos, fechada en Granada á 9 de Diciembre de 1492,—se halla con sus criados en los campos de Verja y Dalías, dónde permanecerá todo el mes.» Mientras el desgraciado príncipe divertía de esta suerte sus cuitas, el alguacil Yúsuf Aben Comixa, diciéndose apoderado suyo, vendía su hacienda á los Reyes Católicos por escritura datada en Barcelona á 7 de Mayo de 1493. Y aunque Boabdil, en un arrebato de ira, quiso hacer justicia con su propia mano en la persona del desleal, alevoso y pérfido ministro, templado su enojo y penetrado ser voluntad de sus Altezas que luego sin dilación se marchara á allende, facultó al Alcaide Abulcasin el Muleh para que se entendiese con ellas ó con sus personeros sobre la venta de sus estados y su partida para el África. Así resulta del poder otorgado por el régulo granadino en la villa de Andarax á 19 de Chumada del año 898, escrito por Mohammed, hijo de

algún tiempo, le pareció bien al tirano que el Emir Abú Abdallah Mohammed ben Ali se fuese á Africa, y trazándole el itinerario, puso naves á su disposición en el puerto de Adra.

Conviene Almaccarí en esto con el autor de las *Narraciones*, añadiendo que el rey cristiano mandó retirar los presidios que tenía en aquellas partes, y luego dice: «Impaciente por que Abu Abdallah se fuera á allende, ideó la estratagema de suponer que el Emir le había significado su deseo de marcharse, y

Nazar, firmado de su nombre y sellado con el sello de sus letras y trujamaneado por Abrahen el Caysí. En 15 de Abril de 1493 otorgó Abulcasín el Muleh en Granada la escritura de capitulación, la cual fué ratificada por otra, fechada en Andarax á 8 de Julio del propio año, en la cual dió Boabdil por bueno, rato, grato, firme, estable y valedero el asiento y concierto de su apoderado. V. Salvá y Sáinz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de España*, t. VIII, pág. 457.

Una nueva y más cruel aflicción vino un mes después á extremar el rigor de sus desdichas con la muerte de la Horra, su mujer. He aquí cómo Hernando de Zafra comunica á los Reyes Católicos este acontecimiento: «La Reina, mujer deste Muley Boabdil, murió, y creo que aprovechó su muerte para el servicio de Vuestras Altezas, porque su dolencia daba algún embarazo á la partida del Rey: agora queda más libre para lo que ha de hacer.» V. Minuta de carta á sus altezas de 28 de Agosto de 1493, ap. Salvá y Sáinz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de España*, t. XI, pág. 536. No dilató, con efecto, su partida, pues en otra, fecha en Octubre del mismo año, les dice: «Pasaron en la Carraca del Rey (Boabdil) 1.120 personas, todas suyas y de su madre, hermanas y alcaides y criados de Granada. V. obra citada, t. XI, pág. 554.

(1) poniéndola por obra, escribió al gobernador de Almería en estos términos: en la hora que esta mi carta llegue á vuestras manos, no se opondrá obstáculo alguno á Muley Abú Abdallah para que se vaya al lugar de África que más le plazca y lo propio hará todo el que tuviere noticia de ella, guardándose fielmente lo pactado con él. Cuando Abú Abdallah tuvo conocimiento del texto de dicha carta, se hizo á la mar y, habiendo desembarcado en Melilla, se dirigió á Fez, ciudad que eligió para su residencia, pues si bien su primer propósito fué pasarse á la parte de Marruecos, desistió de él, afligida como se hallaba á la sazón aquella tierra por la calamidad, la carestía de subsistencias y la peste.» Hasta aquí Almaccarí.

El autor anónimo continúa:

Muchos de los que querían emigrar se unieron con el Emir, el cual, habiéndose embarcado en aquel puerto con su séquito, atendido, respetado y agasajado por los cristianos, arribó á Melilla en la costa africana, desde donde se dirigió á Fez, guárdela Dios (2).

(1) Así se lee también en la cláusula 1.^a de la escritura de capitulación otorgada por el alguacil Yúsuf aben Comixa en la ciudad de Barcelona á 7 de Marzo de 1493.

(2) Antes de pasar Boabdil á Fez, léese en Almaccarí, *Analectas*, II, 2.^a parte, p. 815, mandó al soberano de este imperio, el Jeque el-Watasí, una larga carta escrita en verso y prosa rimada por su secretario, el fecundísimo, aventajado y disertado poeta Abú Abdallah Mohammed ben Abdallah, el Arabí, el Okailí, intitulada: *Jardines de flores del que gusta de los perfumes de las almas y busca el acceso de mi Señor, el Imám, Sultán de Fez.*

El Sultán de Fez no anduvo remiso en acusar el recibo de

Y estaba decretado por el Altísimo, ensalzado sea, que á tiempo de llegar á esta ciudad el Emir Mohammed ben Alí, affigiese á sus habitantes una gran calamidad, producida por la carestía de los mantenimientos, el hambre y la peste, llegando sus rigores hasta el punto de tener que abandonarla muchos de sus moradores. Con este motivo regresó á Andalucía gran parte de los que se habían ido á aquella población, y habiendo participado á los musulmanes, sus hermanos, lo que

esta epístola, pues según se lee en la dirigida por Hernando de Zafra á los Reyes Católicos en 20 de Agosto de 1492, había regresado á la sazón el mensajero que enviaron á Fez, criado del Muleh, siendo portador de otras del monarca africano, en las que certificaba que recibiría al ex-régulo granadino mucho á su placer y contentamiento como á su persona misma. Y aunque á todos satisfizo esta respuesta, es lo cierto que Boabdil estuvo mucho tiempo perplejo sobre el punto de la morisma á donde refugiarse, si á Túnez, si á Fez ó Alejandría de Egipto, aunque de su grado nunca hubiera dejado la tierra natal, como lo declara Hernando de Zafra en carta á los Reyes Católicos del 9 de Diciembre de 1492, en la cual se lee: «Venido aquí el Muleh, le hablaré en lo al (lo otro) que toca á lo de Fez. Verdad es que yo pongo mucha dubda que el rey Muley Baudilí acepte esto, porque como á Herrera dije para que dijera á vuestras altezas, y como él también supo, al rey Muley Baudilí enviaron dos consejeros sobre esto, y aun yo también tenté al Muleh sobre ello, y burlaron dello, y me respondió que decía su amo y aun él también, que pues que había dado su reino para estar en paz, que no iría á reino ajeno á estar en cuestión, en especial so la seguridad de alárabes». V. Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de Doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo XI, págs. 507 y 508.

pasaba, les retrajeron de emigrar, resolviendo quedarse y hacerse mudéjares (1).

En adelante no llevaron los cristianos á nadie al África que no pagara pasaje y el diezmo de su caudal.

Luego que el rey de los cristianos vió que los musulmanes no emigraban y por el contrario que se hallaban decididos á permanecer en sus hogares, resolvió romper las capitulaciones, como lo hizo, en efecto, cláusula tras cláusula, hasta concluir con todas ellas. Dejó de protegérseles; se les miró con menosprecio y desdén y, tratándoles los cristianos con fueros de dominadores, los sometieron á leyes tiránicas y les recargaron los tributos. Prohibióseles el llamamiento á la oración desde las torres de sus mezquitas y se les expulsó de la ciudad de Granada á los arrabales y alquerías, á donde se retrajeron envilecidos y afrentados. Tras de esto, y por el año de 904 (1498-99), se les invitó á abrazar el cristianismo, como así lo hicieron, cediendo á la violencia. Toda la Andalucía se hizo cristiana hasta el punto de no quedar en ella quien dijera:

(1) Dióse este nombre, que en árabe suena *mudáchan*, tributario, á los musulmanes, súbditos de los Reyes de Castilla. El distintivo de los mudéjares, según ordenamiento de los tutores del Rey D. Juan el II, consistía en un capellár ó capuz de color amarillo verdoso, que llevaban sobre el traje, y una luneta azul sobre el hombro derecho. Las mujeres sólo llevaban esta última. V. Bibl. de la Academia de la Historia, Colección de Salvá, XI, L.º 10, v.º *Escrituras y privilegios de las iglesias de España*, tomo XVII, ap. Fernández y González, *Los mudéjares de Castilla*, p. 212, n. 3.

«no hay más Dios que Dios, Mahoma es el enviado de Dios», como no lo dijera en su corazón ó á ocultas de las gentes. Pusieron los cristianos campanas en las torres, donde se había hecho el llamamiento á la oración, y colocaron en las mezquitas, donde se había ensalzado á Dios y leído el Alcorán, imágenes y cruces. «¡Cuántas lágrimas se vierten en la Andalucía!— exclama al llegar aquí el autor de las *Narraciones*.— ¡Cuántos corazones hay en ella pasados de tristezas! ¡Y cuántos débiles y enfermos que no pueden emigrar y reunirse con los musulmanes, sus hermanos! El fuego inflama sus pechos, y su llanto corre á torrentes, al ver á sus hijos é hijas adorar la cruz y sus ídolos, comer carne de cerdo y muerta y beber vino, nefando vicio que termina con orgías y obscenidades, sin que les sea dado resistirlo, evitarlo ni rechazarlo, pues el que se atreve á hacerlo, es castigado con el mayor de los castigos y penado con la más cruel de las penas. ¡Oh qué calamidad sin igual en amargura! ¡Oh qué incomparable desastre! ¡Oh qué grandísima desdicha! ¡Quién sabe si Dios trocará su aflicción en consuelo y salida de un peligro!

Léese en Almaccarí, que entre los pretextos aducidos por los cristianos para hacer abjurar á los musulmanes su religión, se contaba el especioso de decirles: «Tu abuelo era cristiano y se hizo musulmán; pues hazte tú ahora cristiano (1).

(1) Esto viene á corroborar el hecho de componerse la población de Granada de cristianos renegados, como lo asegura-

Cuando se hicieron públicos estos procedimientos se alzó el Albaicín contra sus gobernadores y les dió muerte; pero de aquí se tomó pie para apremiarles con medidas más rigurosas á abjurar de su fe, diciendo á los musulmanes: «El rey ha dictado una orden por la cual todo el que se rebele contra sus gobernadores es condenado á muerte, á menos que inmediatamente

ron á Su Santidad el Papa Clemente V, á la sazón del Concilio de Viena, los embajadores del rey D. Jaime II de Aragón, según se lee en Jerónimo de Zurita y el Padre Juan de Mariana. Que, con efecto, la inmensa mayoría de los habitantes de aquella ciudad famosa se componía de elches, enaciados ó tornadizos cristianos, lo declara, bien explícitamente por cierto, Hernando de Baeza en el siguiente interesantísimo pasage de su *Crónica* sobre los últimos tiempos, que trae Hernando del Pulgar en su *Tratado de los Reyes de Granada y su origen* (V. *Semanario erudito*, t. XII, p. 63): «de doscientas mil almas que había en la Ciudad de Granada, aun no eran las quinientas de la nación Africana, sino naturales Españoles y Godos, que se habían aplicado á la ley de los vencedores».

Y por si á este concluyente y valiosísimo testimonio le faltara algo, ahí está el de Fernán Pérez del Pulgar, el cual, hablando de la entrada de Gonzalo Fernández de Córdoba en el populoso arrabal del Albaicín, á la sazón de estar trabada la guerra civil entre el rey Chico y su tío el Zagal, nos dice: «Otro día al Albaicín venido por mandamiento del rey (Boabdil), rogó á Conzalo Hernández les hablase, pues allí había aljamiados y asaz declaradores». V. Pérez del Pulgar, *Breve parte de las hazañas del Gran Capitán*.

Hasta la guardia real de Muley Hacén se componía, al decir de Hernando de Baeza, de setecientos caballeros cristianos renegados, muchos de los cuales ejercían importantísimos cargos en la corte granadina.

se haga cristiano; así pues, elige entre morir ó hacerte cristiano». Es de notar que los musulmanes que se quedaron en Andalucía, aunque cristianos en la apariencia, no lo eran en sus corazones, porque adoraban á Allah en secreto y hacían sus oraciones y abluciones en las horas acostumbradas; pero vigilados constantemente por los cristianos, algunos de ellos fueron quemados.

Muchos de los musulmanes andaluces, negándose á abjurar, se levantaron en armas. Tal sucedió con los habitantes de la alquería de Huéneja, de la Alpujarra, de Andarax y de Belefique. Pero habiendo reunido el rey cristiano sus huestes, marchó contra ellos, cercó y se hizo dueño por la fuerza de todos aquellos lugares después de sangrientos combates, de dar muerte á los hombres, apoderarse de su hacienda y reducir al cautiverio á sus mujeres é hijos, á quienes hizo cristianos. Por su parte los habitantes del Algarbe andaluz, que igualmente habían resistido á cristianizarse, se retiraron con sus mujeres y riquezas á las fragosidades de los montes en que se hicieron fuertes. Congregado su ejército, marchó el rey cristiano contra ellos, esperanzado de reducirlos; pero cuando se acercó á donde estaban y se resolvió á atacarlos, frustró Dios sus esfuerzos, haciéndole retroceder derrotado con gran número de muertos, entre ellos el señor de Córdoba (1) y otros muchos de sus caballeros y condes. En vista de este desastre y persua-

(1) D. Alonso de Aguilar.

dido de que no los podía dominar por la fuerza, se ofreció á darles seguro para que se fuesen á Africa. Aceptada la oferta, y sin haberles consentido llevar consigo otra cosa de sus riquezas que sus vestidos, pasaron á la vecina costa. Después de esto, nadie pensó en levantarse apellidando al Islám. Extendida la infidelidad por todas las ciudades y lugares, acabó por extinguirse el islamismo en Andalucía. Ciertamente, dice terminando su crónica el autor de las *Narraciones*: «Nosotros pertenecemos á Dios y á él volveremos».—Todo esto estaba escrito en el libro del destino por decreto inmutable del Altísimo.

Léese en Almaccarí: «Molestados y vejados á la continúa los musulmanes que quedaron en España, llegaron los cristianos hasta el extremo de vedarles el uso de cuchillos pequeños. Esta conducta fué parte á que se alzarán repetidas veces contra sus tiranos en las guájaras y fragosidades de los montes. No quiso Dios, con todo, darles la victoria, durando este estado de cosas hasta los presentes tiempos, ó sea hasta el año de 1017 (1609 de J. C.) en que fueron expulsados. Millares de ellos salieron para Fez, millares para Tlemecén de Orán y grandes muchedumbres para Túnez. Los que se dirigieron á tierra de Fez y Tlemecén fueron asaltados en los caminos, maltratados y robados por los árabes y por gentes sin temor de Dios, siendo contados los que lograron escapar de su pérfidia. En cambio salváronse todos los que tomaron la vuelta de Túnez. Hoy pueblan sus alquerías desiertas y sus ciudades, y lo propio sucede con los que se establecieron

en Tetuán, en Salé y en la Meticha (la Vega) de Argel. En cuanto á los que solicitaron entrar al servicio del Sultán del Megreb el-Aksa, formaron una hueste numerosa y ocuparon á Salé con ánimo de hacer la guerra por mar á los infieles, como se ve hoy. Ellos fortificaron la alcazaba, labraron en la ciudad casas, alcázares y baños y allí continúan. Muchos de los emigrados llegaron á Constantina la grande (Constantinopla), á Egipto, á la Siria y otras tierras del Islám, donde moran en la actualidad. Dios es el heredero de la tierra y para todos los que en ella viven es el mejor de los herederos».

«El Sultán Abú Abdallah Mohammed (Boabdil), el que perdió á Granada y en cuyo reinado se extinguió el islamismo en el Andalus y se borraron sus vestigios, era hijo del Sultán Abul-hásan, hijo del Sultán Sáad, hijo del Emir Ali, hijo del Sultán Yúsuf, hijo del Sultán Mohammed el Ganí-bil-lah, hijo del Sultán Abulhachách Yúsuf, hijo del Sultán Ismail, matador del Sultán de los cristianos D. Pedro en la Vega de Granada, hijo de Farach, hijo de Yúsuf, hijo de Nazar, hijo de Cais, el Ansarí, el Jazrachí. Dios tenga misericórdia de ellos. Llegado que hubo á Melilla, se dirigió á Fez, donde, lamentando su abatida fortuna y afligido por lo que le había pasado, se estableció con su familia é hijos, habiendo labrado algunos alcázares á imitación de los de Andalucía, que yo ví y visité. Murió Boabdil en Fez el año de 940 (1533) (1)

(1) Concorde el imán el Wanxerisi, citado por Almaccarí en su *Vida de Ahen Iyyadh*, con este escritor en cuanto á la ciudad

Dios le haya perdonado, y se le dió sepultura enfrente de la *almosela* (oratorio) que hay á la salida de Bab ex-Xería (Puerta de la ley) (1). Dejó dos hijos,

en que murió y al lugar en que se dió sepultura al cadáver de Boabdil, discrepa de él en cuanto á la fecha de su fallecimiento, acaecido, según aquél, en el año de 924 (1518), y en el nombre del hijo menor del ex-régulo granadino, á quien llama Mahommed. V. *Flores de los jardines acerca de las noticias de Iyyadh* por Xihabedín Ahmed ben Mohammed Almaccarí, Ms. árabe, N.º 36, de la Real Academia de la Historia, fol. 35.

(1) En vista de tan expresivos testimonios, hay que considerar como fábula forjada por Diego de Torres (V. *Relación del origen y suceso de los Xarifes*, Sevilla, 1586, ps. 101 y 102) y reproducida por Mármol (V. *Descripción general de África*, tomo I, Lib. 2.º, fol. 247) la de haber perecido Boabdil en la batalla de *Guadi el-Asudd* (el río de los negros), que tuvo lugar en 1536, en la cual los hermanos Xarifes derrotaron al Sultán de Fez.

Del propio modo hay que rectificar á Mármol, el cual en su *Historia del rebelion y castigo de los moriscos de Granada* (lib. I, cap. XV), dice: «que el rey de Fez mandó aprisionar al Zagal y que siendo convencido en juicio por la disensión que había causado en el reino de los moros, le hizo cegar con una bacía de azófar ardiendo puesta delante de los ojos, y que habiéndose ido á la ciudad de Vélez de la Gomera, vivió en ella ciego y miserable mucho tiempo, dándole de comer y de vestir el rey de Vélez, y que encima del vestido traía siempre un rótulo que en arábigo decía: «Este es el desventurado rey de los andaluces». Esta leyenda, de la propia laya que la de *El suspiro del moro* y la muerte de Boabdil en la batalla del río de los negros, se halla desvanecida por el hallazgo que hizo Mr. Brosselard en Tlemecén de la lápida sepulcral del Zagal, en que se lee: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Que Dios bendiga á nuestro Señor Mahommed y á su familia! Sepulcro de un

Yúsuf y Ahmed, cuyos descendientes residen ahora en Fez, pues cuando estuve en esta ciudad el año de

Sulrán muerto en el destierro en Tlemecén, extranjero, abandonado en medio de sus mujeres. Después de haber hecho la guerra contra los infieles, el destino inflexible lo ha herido con su decreto; pero Dios le dió la resignación á medida de su infortunio. ¡Que el Señor derrame siempre sobre su sepulcro el rocío de su cielo!

Este es el sepulcro del rey justo, magnánimo, generoso, defensor de la religión, cumplido, emir de los musulmanes y vicario del Señor de los mundos, nuestro dueño Abú Abdallah, el vencedor por Dios, hijo de nuestro señor el emir de los musulmanes (Saád), hijo de nuestro señor el santo Abul-Hásan, hijo del emir de los musulmanes Abul-Hachách, hijo del emir de los musulmanes Abú Abdallah, hijo del emir de los musulmanes Abul-Hachách, hijo del emir de los musulmanes Abul-Walíd, hijo de Nazar-el-Ansarí, el Hazrachí, el-Sadí, el Andalusi. Que Dios santifique su sepulcro y le depare un lugar elevado en el paraíso! Peleó en su país de Andalucía por el triunfo de la fé, aconsejándose solo de su celo por la gloria divina y prodigando su generosa vida sobre el campo de batalla en los terribles combates en que los innumerables ejércitos de los adoradores de la Cruz caían sobre un puñado de caballeros (musulmanes). El no cesó en los tiempos de su poder y durante su califato de combatir por la gloria de Dios, dando á la guerra santa cuanto pide de suyo y alentando á sus guerreros cuando les veía vacilar. Llegó á Tlemecén, donde encontró la benévola acogida y simpatía que merecían sus infortunios. La muerte le sorprendió en tierra extranjera, lejos del país de sus abuelos, los grandes reyes Nazaritas, los sostenedores de la religión del Elegido. Dios lo ha llevado á las regiones de la felicidad..... y lo ha vestido de su gracia entre las dos oraciones de la tarde del miércoles de la luna nueva de Xabán del año 899 (1494 de J. C.), de edad próximamente de 40 años.» Como se ve, Mr. Brosselard creyó

1037 (1628) hice amistad con su familia, de la cual había miembros que se hallaban reducidos á la extre-

con error ser el epitafio de Boabdil. V. *Mémoire sur les tombeaux des emirs Beni-Zeiyan et de Boabdil, dernier roy de Grenade*. Paris, 1876, p. 159.

Nació el error del docto epigrafista francés, en haber creído que el Abul-Hásan que reza la inscripción, nombre que, tras una pequeña laguna, sigue al del difunto Abú Abdallah el Galib billah, era Muley Hacén, padre de Boabdil. Si la nota que le mandó Mr. Dugat, uno de los editores de las *Analectas* de Al-maccari, sobre la muerte de Boabdil en Fez, se hubiera extendido á la genealogía que trae de éste el historiador africano, ó al menos, si hubiera conocido el epitafio del príncipe Abul-Hachách Yúsuf, hermano de Muley Hacén y del Zagal, publicado en extracto por Mr. Silvestre de Saçy en el tomo IX de las *Mémoires de la Academie des inscriptions et belles lettres*, é íntegramente por D. Emilio Lafuente Alcántara en sus *Inscripciones árabes de Granada*, no hubiera incurrido en tal error, pues luego hubiera echado de ver que la laguna del epitafio debía de ocuparla la palabra *Saad*, padre del difunto Abú Abdallah el Galib billah, es decir, el Zagal y, por consiguiente, que el Abul-Hásan, que sigue inmediatamente á la susodicha laguna, era el nombre del padre de su padre, es decir, del príncipe su abuelo, el *Santo*, cuyo epíteto se le dió por haber muerto de muerte violenta, según nos dice el Sultán Yúsuf ben Almaul (Yúsuf IV) en su carta de pacto y vasallaje al rey de Castilla D. Juan el II, donde se lee: «el perverso, cruel y tirano Mahamad el Izquierdo, olvidando el temor de Dios é la lealtad que debía al dicho Señor rey Abuabdillah Mahomed, seyendo su vasallo, levantóse contra él é injustamente ocupó el dicho reyno, é lo que peor es, por él mejor se apoderar del dicho reyno, aunque contra derecho, mató cruelmente al dicho rey, su Señor natural, é á Abul Hacén Ali, su hermano». V. *Memorias de la Real Academia de la Hist.*, t. VIII, *Apénd. al Discurso de recepción* de D. Antonio Benavides en aquel docto instituto.

midad de vivir de los fondos de los faquires y mezuquinos, siendo contados en el número de los mendigos. No hay fuerza ni poder sino en Dios, el excelso, el grande».

APÉNDICE.

Como documento curiosísimo é inédito, á nuestro parecer, damos á continuación un fotograbado que contiene la siguiente carta autógrafa de Boabdil, la cual, vertida al castellano, dice así:

«Alabanza á Dios. Al Sultán y á la Sultana, mis huéspedes. Yo el Emir Mohammad ben Ali ben Nazar, vuestro criado. Llegó á mí de (parte) de vuestras Altezas la capitulación con todos los artículos que, por iniciativa vuestra, pactó mi criado el alcaide Abul-Cásim el Malih, firmada de vuestros puño y letra honrados y sellada con vuestro sello glorioso, conforme á esta que recibiréis. Y yo cumpliré fielmente mi palabra y juro que me complazco en ella con palabra de lealtad, como buen criado, y verás ésta firmada de mi mano y sellada con mi sello á fin de manifestar la autenticidad de lo que digo y de que seré fiel en su cumplimiento. Á 23 de Ramadán, el engrandecido, año 898 (1493). Yo, su escritor, Mohammad ben Ali ben Nazar me complazco y acepto todo lo que en este documento se contiene, considerándolo como inquebrantable y lo recibo de las manos de mis huéspedes el Sultán y la Sultana, cuya vida sea duradera.»

